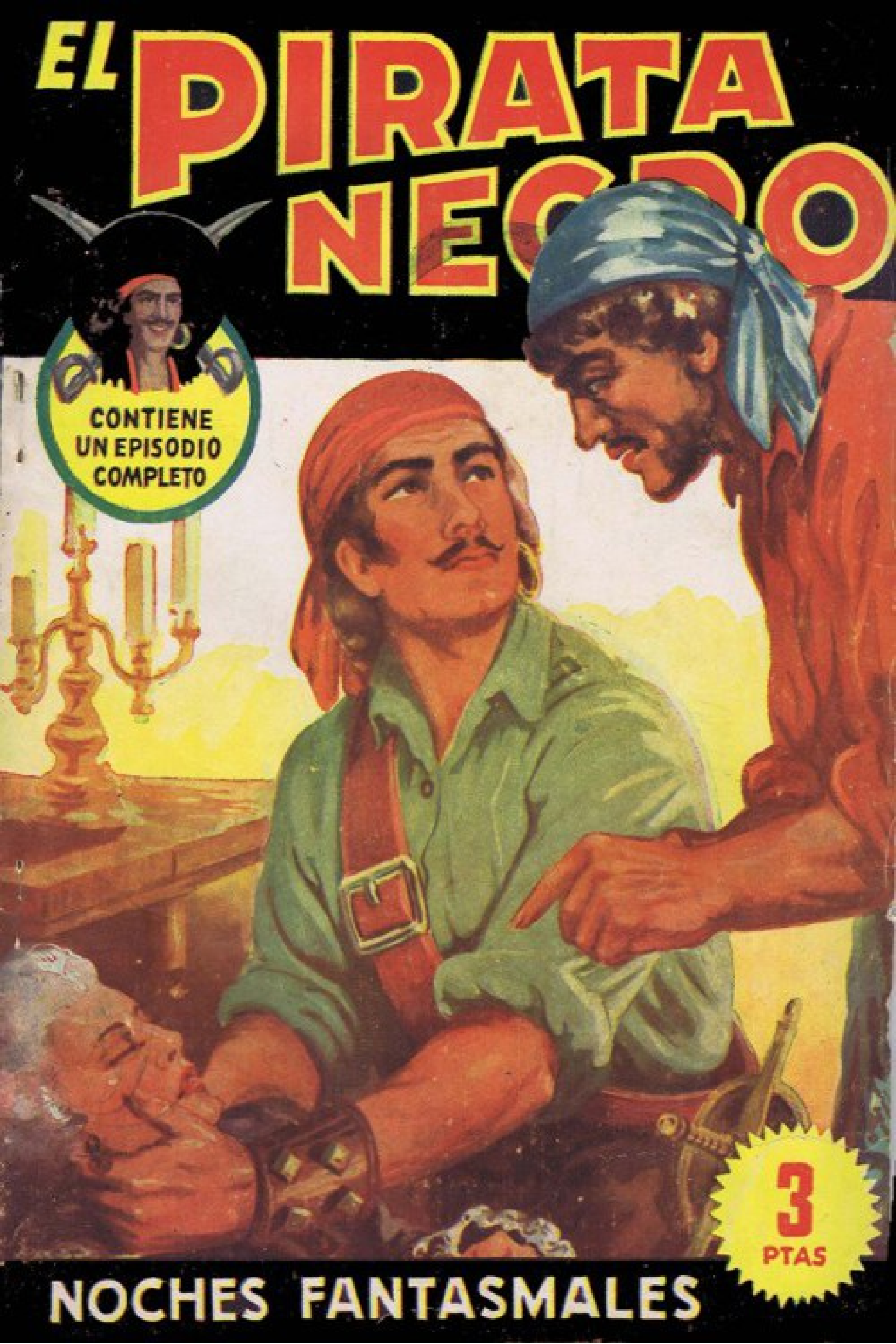
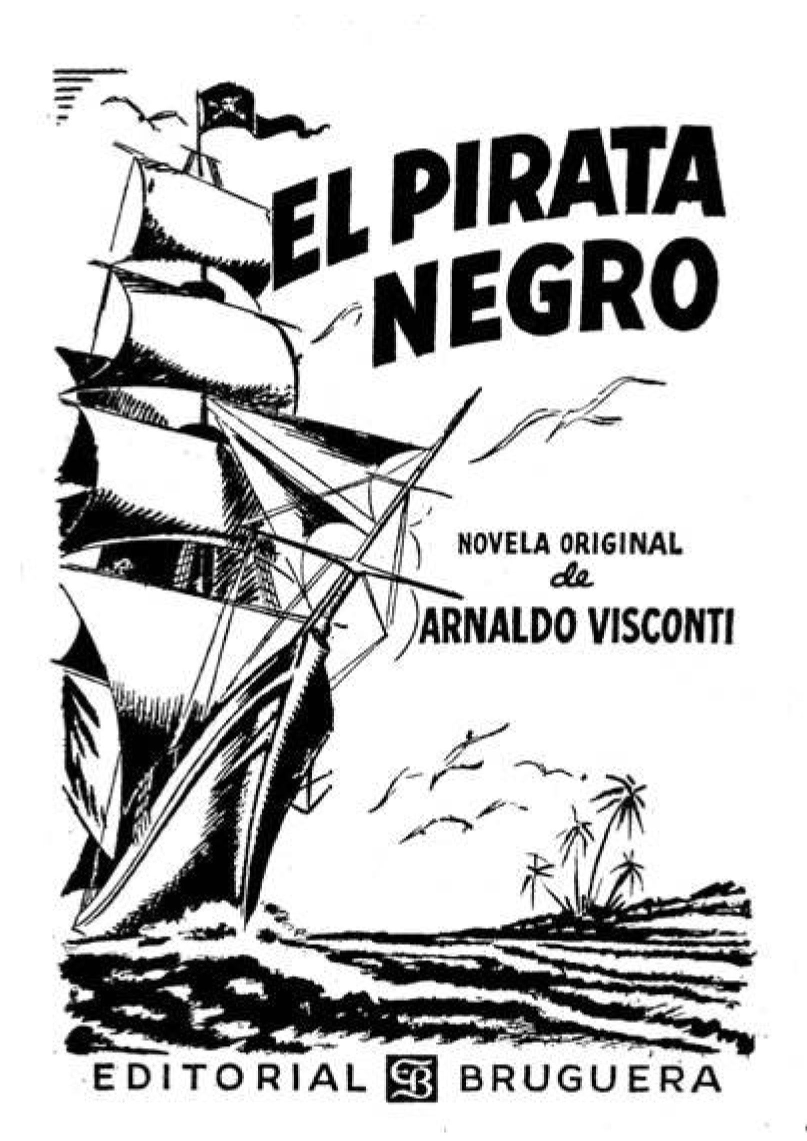

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
3 PTAS
NOCHES FANTASMALES


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Noches fantasmales

Colección El Pirata Negro n.° 17

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1946


NOCHES
FANTASMALES

CAPITULO PRIMERO

Escándalo en la Corte de París

Uno de los lugares más típicos del palacio real de Versalles no eran sus jardines, con sus surtidores vaporizando el parque galante. Era una antecámara que comunicaba con las grandes salas de recepción.

Esta antecámara no se distinguía ni por su arquitectura ni por su decorado; sin embargo, a causa de su penumbra, era muy concurrida por los cortesanos que aguardaban el momento de ser introducidos a presencia del Rey.

Y en la sala de la Lucarna, que así era llamada la antecámara, venían a reflejarse como en un espejo todas las pasiones, todos los vicios y todas las ridiculeces de la corte y de la ciudad.

No había escándalo, por pequeño que fuera, que no tuviera su trompeteo en la sala de la Lucarna. Si una actriz otorgaba sus encantos, si un galán traicionado se ocultaba en la Cartuja, si una esposa era despreciada, si una jovencita prefería las lecciones de un mosquetero a las de su aya, todo eso era comentado y amplificado en la sala de la Lucarna.

Y cuando la noticia era importante, el bordoneo de los susurros alcanzaba semejanza con el silbido del viento al correr entre la hojarasca. Y por aquella mañana del primero de abril del año de gracia de 1703, podía creerse en lo más inaudito ante la agitación que reinaba en la antecámara.

De los excitados comentarios, las palabras que con más frecuencia y más alto diapasón sonaban eran:

—Humbert de Ferblanc... Ferblanc...

El más entusiasta, el que saltaba de grupo en grupo como mariposón inquieto, era Máxime de Rocque, el “gracioso chismoso”.

Y no percibió de pronto el silencio de la antecámara, ocupado como estaba en ir de unos a otros.

En la puerta de comunicación, un hombre de marcial aspecto y elegante figura, bien entrado en la cuarentena, pero gallardo y con juvenil brillo en sus negros ojos, examinaba con insolencia a los cortesanos enmudecidos.

—Extraño fenómeno, señores — dijo el recién llegado sonriendo, pero con dureza—. Al apartar la cortina que da paso a ese antro oíase rumoreo de gorriones. Y al aparecer yo, sólo hay silencio. ¿Acaso hablabais de mí, señor De Rocque?

El atolondrado cortesano interpelado directamente no pudo menos, por amor propio, que sentirse dispuesto a replicar al temible duelista que le miraba sonriendo sarcásticamente.

—De vos hablábamos, señor conde de Ferblanc. ¿No os juzgáis de suficiente categoría como para dar motivo a charlas?

—De tanta categoría soy, que hasta charlar con vos es perderla. ¿Respingáis? Cuando haya sido recibido por el señor Le Normand estaré a vuestra disposición.

—Quizá no podréis atender al señor La Rocque—dijo malignamente el marqués de Verglas, que odiaba hondamente al “Favorito de las Damas”. —Porque el rumor que corre es que Su Majestad está airadísimo contra vos.

Humbert de Ferblanc estalló en seca carcajada.

—Por si el Rey dispusiera medidas algo severas, y me quedara sin el placer de largaros unas cuantas verdades, voy a comunicároslas ahora, señores cotorrones. Sois una manada de ambiciosos que aquí preparáis las intrigas; envidiosos que maquináis perfidias y deslealtades, lanzando piedras y ocultando las manos. Ahí vemos a ese gorrión llamado Máxime de Rocque, que da vueltas chismeando y rozando con el rabo de su espada las piernas de los demás en sus evoluciones, que nunca hará más daño que éste, porque le faltan a su dueño reaños para usarla como hombre.

Con los puños en las caderas, Humbert de Ferblanc rió, viendo el profundo escándalo que sus palabras causaban. Oyó comentarios:

—¡Modales de plebeyo!

—Bravuconerías de pirata...

—Que uno a uno os repetiré, si os place, en otro terreno. Veo que se acerca un ujier para comunicarme que “monsieur” Le

Normand tiene a bien recibirme. Antes dejadme deciros que será con gusto cómo ya no volveré a pisar esta sala, que más parece boudoir de coquetas. Aprended a ser hombres alguna vez, antiguos adulones míos, que ahora que sentís que he caído en la desgracia de serle poco grato al Rey, lanzáis pellas de barro sobre mí. Adiós, señores de la Corte, mentirosos, intrigantes, cobardes que sólo sabéis producir mucho ruido y nada más que eso: mucho ruido de oreja a oreja.

Humbert de Ferblanc, irguiendo su alta talla hercúlea, pasó al despacho de “monsieur” Le Normand, favorito del Rey y también su secretario particular.

La satisfacción rebosaba en el semblante habitualmente avinagrado y hosco de “monsieur” Le Normand. Y aquella satisfacción no se debía a su privilegiada situación, ni a las muchas prebendas de que gozaba como jefe de todos los distintos secretariados del Estado francés.

“Monsieur” Le Normand había sido recibido particularmente por el Rey a primera hora, y apenas salió de la entrevista con Su Majestad, Le Normand apresuróse a convocar al conde Humbert de Ferblanc, para que se presentase con la mayor rapidez en su despacho.

Cuando Ferblanc mereció, por su enérgico carácter y por su probidad, que el Rey se dignara prestar atención al “favorito de las damas”, como, pese a su madura edad, era llamado en la Corte real el apuesto conde, nació en Le Normand un secreto despecho.

Como hombre inteligente, había siempre reconocido en todo su valor la cooperación que Ferblanc aportaba desde su secretariado de orden interno, pero ahora gozaba al haber encontrado un motivo justificado en que apoyarse para intentar humillar la altivez del conde de Ferblanc.

—Sentaos, conde de Ferblanc—invitó secamente Le Normand—. Debo comunicaros que, en atención a los buenos servicios prestados por vos, no se procederá a castigar como merece la incalificable acción que ayer noche cometisteis.

—Nada es incalificable cuando se tiene valor para calificar. Decidme, pues, cómo calificáis particularmente la acción que me reprocháis.

—Hablan dos hombres de Estado, señor de Ferblanc. Deben,

pues, enmudecer los sentimientos personales. Somos dos hombres de Estado.

—Pero de muy diferente categoría, señor Le Normand. Vos percibís como estipendio mensual cuatro mil luises..., y yo sólo percibía mil.

—Vuestra reconocida impertinencia no alterará una realidad, señor. Cesáis en el cargo; sois un ciudadano particular desterrado a Lyon, por insubordinación ante Su Majestad. Os opusisteis abiertamente al nombramiento de secretario de Caza a favor del marqués de Verglas, y cuando el Rey os recordó que haríais mejor no presentando oposición y os citó determinado accidente de vuestra carrera política, vos replicasteis que vuestra espada pertenecía al Rey, pero preferíais romperla en dos pedazos antes que obligarla a rozarse con la de Verglas en comunidad de cargos. Y la rompisteis ante el Rey.

—Pero hoy llevo otra, "monsieur" Le Normand—dijo sonriendo Ferblanc; y, frunciendo las cejas, añadió seriamente—: Secretario de Caza es un pretexto para otorgar mil luises mensuales a Verglas, más los que se guardará en la bolsa robando a diestro y siniestro amparado por el cargo. ¿Y cómo ha conseguido que el Rey creara esa imbécil plaza? Cerrando los ojos ante la debilidad real, manifestada por "madeimoselle" de Verglas. Y yo no admito que un individuo de ese temple alterne con nosotros en cargos políticos. Porque, al fin y al cabo, "monsieur" Le Normand, si me sois profundamente antipático y tengo el honor y el placer de que yo también os lo sea, nosotros somos rectos e íntegros en lo que a los fondos reales se refiere. Y el incidente a que el Rey aludió fué el que más me irritó.

—Irritación desplazada, señor de Ferblanc. Porque el Rey en aquella ocasión manifestó con vos una magnanimidad sin par.

—Decid mejor que sabe que le rodean tantos ineptos adulones, que cuando uno que ni le adula ni es inepto ocurre en error, prefiere olvidar y seguir valiéndose de sus servicios.

—Pero esta vez pasasteis de la raya permitida hasta a vos mismo. El Rey perdonó que escapara de vuestra fortaleza el famoso bandido español apodado el Pirata Negro. El Rey no os relevó de vuestro cargo, pese a que no supisteis capturar al referido Pirata Negro. Os perdonó, pese a que os dió el plazo de una semana para

capturar al Fantasma Gris y al Pirata Negro. Y sólo fué cogido muerto el Fantasma Gris [1]¿Qué ocurre?—preguntó Le Normand, examinando severamente el rostro del ujier que, tras un toque discreto, asomaba por la puerta entreabierta del despacho—. ¿No dije que bajo ningún pretexto me interrumpieran?

—El señor marqués de Verglas insiste en ser recibido. Alega que es algo de cuya importancia depende la seguridad del Rey.

—Recibidlo — intervino Ferblanc. —¿No es compañero nuestro? Mío, porque seguramente ahora ocupará mi cargo, y vuestro, porque decís que todos los que están a vuestras órdenes son amigos vuestros... aunque yo nunca me diera cuenta de tal cosa.

El marqués de Verglas entró portando un voluminoso legajo de papeles. En su rostro alentaba una sonrisa malévola mientras miraba a Ferblanc, que le volvió la espalda desde su asiento.

—Os reprocho una ligera inoportunidad, marqués — dijo secamente Le Normand—. Tengo asuntos...

—Perdonad, Le Normand. Lo que traigo es de tal naturaleza; originará tal escándalo, que vos deberíais ser quien primero lo comunicara al Rey, antes que el escándalo llegue a sus oídos. Leed la última hoja, señor—y tendió el legajo a Le Normand—. Es el resumen de una acusación que formulo con toda clase de pruebas. Tardé en presentarla porque hasta hace dos minutos no me facilitaron la última prueba. Pruebas que vengo acumulando pacientemente desde hace tiempo. Leed.

Con todo su arte del disimulo cortesano no pudo evitar Le Normand un sobresalto al empezar a leer. Miró a hurtadillas a Ferblanc, que, indiferente, pulíase las uñas frotándoselas contra la casaca.

—En la puerta aguardan cuatro mosqueteros, Le Normand—dijo Verglas.

Humbert de Ferblanc cesó en su operación de pulirse las uñas.

Volvió a mirar la expresión de odio y triunfo en el rostro de Verglas.

—¡Daos preso, Ferblanc!—gritó de pronto Le Normand.

—Si me explicáis los motivos...—y Ferblanc púsose en pie, vigilando los movimientos del marqués de Verglas, que se deslizaba a espaldas suyas.

—Vos mismo facilitasteis la fuga del Pirata Negro. Y vos ¡sois el

Fantasma Gris!—gritó Le Normand, apoplético de furor... y cierto temor. Su diestra se hundió en un cajón donde guardaba su pistola.

El marqués de Verglas iba a llegar a la puerta, cuando, con brusco empujón, Humbert de Ferblanc lo envió rodando hasta hacerle caer sentado en un sillón.

—Una acusación de esta índole, señor Le Normand, requiere explicaciones. Hay tiempo para llamar a los mosqueteros, pero por quien fui necesito comprobar y que comprobéis que Verglas es un impostor, que se escuda en calumnias para saciar su odio contra mí: el odio del hombre que por dos veces tuvo que ausentarse de París varios meses, porque por dos veces fingió olvidarse que le había yo citado a duelo.

Le Normand, con la diestra hundida en el cajón y la zurda moviendo las páginas del legajo, leyó apresurado y por ojeadas:

—"...el conde Ferblanc, dando el brazo a un enmascarado atravesó la guardia del Puente de Bercy... El enmascarado era el Pirata Negro."

—¿Qué prueba se presenta? No te muevas, Verglas, porque te sacudiré un sopapo que coloreará tus narices. ¿Qué prueba hay de que fuera el Pirata Negro quien me acompañaba? También podría alegarse con la misma fuerza que el enmascarado fuese Julio César o Carlomagno.

—"...cambió la casaca de Henri Dumesnil, colocándole la suya, con la que, dándole vuelta, aparecía como Fantasma Gris..."—leyó rápidamente Le Normand.

—Eso no son más que productos de la mente acalorada de algún concurrente a la sala de la Lucarna. Y vos, Le Normand, tenéis la suficiente inteligencia para no prestar valor a esas habladurías. Verglas aprovecha el momento; sabe que voy desterrado y privado de favor del Rey..., pero no sabe que antes de irme le voy a cortar las orejas.

—¡Daos preso, Ferblanc!—gritó de nuevo Le Normand soltando el legajo y exhibiendo con mano levemente temblorosa su pistola—. Las pruebas las confirma uno de vuestros propios espías: uno de vuestros hombres del servicio de "las sombras grises".

Envalentonado por la presencia de la oportuna pistola de Le Normand, el marqués de Verglas sacó su espada, mientras gritaba:

—¡Mosqueteros! ¡El Rey os reclama!...

Al desenvainar Ferblanc, Le Normand disparó, pero el Fantasma Gris tenía experiencia en lides apuradas.

Y vigilaba el índice del secretario particular del Rey. Cuando el disparo partió, limitóse a empujar de recio puntapié al marqués de Verglas... y el plomo penetró en el pecho del marqués, quien cayó alcanzado mortalmente.

—Mal disparáis, Le Normand. Habéis cazado al que no podrá ya ser secretario de caza—y a la vez que hablaba, Humbert de Ferblanc encaramóse con ágil salto a la ventana, mientras por la puerta irrumpían cuatro mosqueteros.

Ferblanc saltó desde la terraza al parque y poco después cabalgaba en su caballo, desapareciendo a todo galope...

Fué inútil la persecución, y por espacio de una semana se registraron activamente todos los escondrijos parisinos. Persistió por propia orden de Le Normand la guardia especial en todas las puertas de salida de París.

Humbert de Ferblanc, el Fantasma Gris, seguía en París..., pero nadie podía dar con su paradero, pese a la recompensa ofrecida. Sólo un hombre sabía dónde estaba Humbert de Ferblanc, pero ese hombre no leía nunca los carteles pegados a los muros de las calles, porque ese hombre, Thibaut “le roi”, no abandonaba nunca su recinto: las cloacas de París, y, por tanto, no podía leer los dos carteles que en compañía alternaban en todas las esquinas de las calles. El uno decía en grandes letras:

“DOS MIL LUISES POR HUMBERT DE FERBLANC, MUERTO O VIVO”

Daba una descripción de sus características físicas, añadiendo que era el Fantasma Gris, y se le buscaba por los asesinatos de Hortensia de Saint-Mandé, Jean de Saint-Mandé y del marqués de Verglas. Ese último asesinato fué demostrado por Le Normand cuando a la entrada de los mosqueteros arrojó con cautela su propia pistola al suelo, alegando luego que era la de Humbert de Ferblanc.

El otro cartel rezaba, también en grandes letras:

“MIL LUISES POR CARLOS LEZAMA, MUERTO O VIVO”

También seguía una completa descripción física, añadiendo que era el bandido español apodado el Pirata Negro, y que se le buscaba por los asesinatos de Saint-Mandé y su esposa.

Un estudiante del Barrio Latino, al leer los dos carteles, bromeó:

—Los bandidos suelen parecerse entre sí, pero aquí hay un error. Si uno ha matado, ¿cómo pudo el otro matar a cadáveres?

—El parecido no está en que maten a los mismos individuos dos veces— añadió otro—. Fíjate mejor en las descripciones; quítale al pirata lo relativo a la edad y a su tez bronceada y al fino bigotillo, y ¿qué resulta? Que podrían ser padre e hijo—y sin saber que estaba diciendo una verdad, prosiguió el estudiante, leyendo de cartel a cartel: —"Cabello negro, así como pestañas y cejas. Señas que son mudables con tintes y afeites. Señas permanentes: ojos negros, nariz breve y aquilina, frente despejada, labios llenos, barbilla voluntariosa de mentón hendido. Altura de talla más que mediana; robustez sin corpulencia. Porte altivo y andar elástico de hombre acostumbrado a ejercicios violentos." ¡Ni que fueran padre e hijo! El torpe de escribano que confeccionó esas pancartas debió añadirle un bigotillo y una tez bronceada al pirata, y se quedó tan tranquilo, porque estoy seguro de que no le suplicó al pirata español que se estuviera quieto mientras le tomaba el perfil del rostro...

* * *

Thibaut "le roi" seguía reinando en su Corte de los Milagros, cuando una noche, en medio de la más desenfrenada de las habituales orgías, apartó bruscamente a la *ribaude* que le servía vino, y, arrellanándose aún más en su sillón, cruzó los tobillos que tenía colocados sobre la mesa y hundióse el pulgar en la nariz.

Aquel gesto significaba que Thibaut meditaba. Y sus ojillos vivaces examinaban a un recién llegado, mientras por su peludo rostro resbalaba el vino que un recio eructo acababa de desbordar de su estómago.

—Buenas noches, Thibaut "le roi" —dijo el desconocido mirando con sorna al jefe del hampa parisina—. Sigues eructando saludablemente. ¿Me reconoces?

—¡Hola, hola!—habló pensativo el truhan—. Sí te conozco, aunque ahora tus ropas están rotas, tu peluca sucia y hay hambre en tu rostro.

—¿Hambre? No, no. Como cuanto quiero. Lo que ves en mi rostro es inquietud, no porque me persigan, sino porque espero a un hombre que un día u otro ha de venir a París y con el cual quiero reunirme, y el mejor sitio es éste. Tarde o temprano, Carlos Lezama vendrá a buscarme aquí.

—¿Quién es Carlos Lezama? Me suena el nombre—dijo ladinamente el rey del hampa.

—Mi hijo — y la voz de Ferblanc quebróse ligeramente al hablar,

—Recuerdo a un tal Humbert de Ferblanc que es conde y está al servicio del otro Rey que anda por las afueras. Vino a decirme que me daba una semana de plazo para que yo le entregase al Pirata Negro y a un Fantasma Gris...

—No, no te pidió eso—rebatió Ferblanc—. Creo que te pidió que le entregases los espadachines que asaltaron la fortaleza de Vincennes. Y si no lo hacías, vendría a detenerte.

—Y no vino a detenerme. Pasó una semana; pasaron dos... Y no vino a detenerme, ¿por qué?

—Porque Humbert de Ferblanc odia a los delatores. Y por eso mismo Humbert de Ferblanc viene a pedirte refugio.

—Eso, ¿qué es? No entiendo ni sé quién eres. Pero ahí tienes mesas, vino y mujeres. Puedes quedarte cuanto tiempo quieras... si el "Guet" no viene a detenerte y te pilla durmiendo.— Y abriendo la boca en toda su extensión, tras bostezar, Thibaut 'le roi" desentendióse de Humbert de Ferblanc y entonó con vozarrón desafinado su copla favorita: —"Beber, amar, comer, dormir..."

✲ ✲ ✲

Pasaron varias semanas... Thibaut "le roi" seguía reinando, cuando al filo de una madrugada, durmiendo ya los más de sus "courtisards", Thibaut entreabrió solamente un ojo vivaz y penetrante al sentir que ante su mesa "real" un individuo le estaba contemplando con los brazos en jarras.

—¡Hola, hola!... Yo te conozco, apuesto mozo... ¿Dónde diablos te vi?

—Tuve el honor de oírte eructar. ¿No me recuerdas o finges, mejor, no recordarme? Soy Carlos Lezama, el que llaman Pirata Negro.

CAPITULO II

Boda zíngara

En “L’Aubergé du Lion”, de la ciudad de Troyes, en el departamento central de Francia, el capitán de mosqueteros Louis de la Tremouille jugaba a los dados con dos de sus mosqueteros libres de servicio: el joven de veinte años Saint-Cyr y el atlético Rendouel, cuyo brazo derecho estaba mantenido inmóvil por un cabestrillo.

El emprender aventuras amorosas con campesinas, aunque sean agraciadas, sólo resultaba entretenido durante los primeros días, pero hacía ya un mes que el capitán La Tremouille y sus seis mosqueteros estaban destacados en la ciudad de Troyes.

Y la única diversión que les quedaba era la llegada de la silla de postas, que mientras efectuaba el relevo y los viajeros comían, permitía a los mosqueteros recibir noticias de París y prodigar alguna que otra ojeada inflamada a las lindas viajeras que de vez en cuando se presentaban.

Pero aquel día ya sólo podía ofrecer aburrimiento, ya que la carroza-diligencia habíase ido; y el canoso La Tremouille agitaba el cubilete de dados con cansado ademán.

—Cuatro y tres. Pierdo — anunció, bostezando.

Rendouel cogió el cubilete con su mano válida y lo agitó con aires aún más fatigados que los de su capitán. Saint-Cyr miraba con expresión ensoñadora a un punto lejano por encima de la cabeza empenachada de La Tremouille.

—¿Tengo a una linda modistilla sentada en mi chambergo?— rezongó La Tremouille, mirando fieramente al más joven de sus mosqueteros, recién ingresado.

—Estaba pensando, mi capitán, en el poema de amor del

caballero español que ayer al mediodía perforó el hombro de Rendouel. ¿Habrá hallado a su Karmi? Karmi… nombre exótico. Veo una zíngara cimbreante, risueña cuando quiere, trágica cuando odia…

—Para trágico, yo, joven novato— gruñó La Tremouille—, si continuáis olvidando que ceñís espada y no sois un abate madrigalesco, ¡voto a los cuernos de Belcebú! ¡Coged el cubilete y zarandeadlo!

Obedeció prontamente Saint-Cyr, pero su capitán no le miraba. Estaba de pronto examinando al que acababa de entrar en la vasta sala del mesón, ocupada exclusivamente por los tres mosqueteros.

Era un individuo alto, bien proporcionado, de anchos hombros y rostro simpático, aunque desvergonzado. Vestía distinguido ropaje de buen gusto. Pero lo que en él llamaba la atención eran dos peculiaridades: su rojo cabello y la carencia de antebrazo izquierdo.

Ceñía espada y su paso era elástico y ágil al acercarse a la mesa donde Saint-Cyr, agitando el cubilete y vaciándolo, cantó:

—Seis y tres. Pierdo.

—Rendouel — dijo sarcásticamente La Tremouille—: cuando entráis en la sala de un mesón, ¿qué es lo primero que soléis hacer, vos que sois caballero y mosquetero bien educado?

Lanzando una mirada de soslayo al pelirrojo, Rendouel sonrió.

—Siempre saludo a los presentes, mi capitán. Pero, naturalmente, nosotros somos seres bien educados.

—A ratos también lo soy yo, señores — replicó con amplia sonrisa el manco—. Si no saludé antes fué debido a que…

—¿Habla con vos el caballero?—inquirió La Tremouille, mirando a Rendouel.

—No, conmigo, no, mi capitán. Será quizá con Saint-Cyr.

El “novato”, ignorante aún de que uno de los credos mosqueteros era, cuando el aburrimiento cundía, buscar motivos de duelo, replicó ingenuamente:

—Conmigo no será, porque no tengo el honor de conocer a ese caballero.

—Sigan embromándome, señores — dijo Diego Lucientes campechanamente—. Cuando se hayan divertido lo suficiente, avísenme, porque deseo hablarles.

La Tremouille levantóse calmosa y lentamente.

—Me parecéis propenso a la familiaridad y a ser confiado, señor desconocido. Habéis oído a mis compañeros afirmar que no os conocen, ni yo tampoco. Por lo tanto, considero desplazado que nos dirijáis la palabra sin habéroslo pedido.

—Dejad, entonces, que me presente: soy Diego Lucientes, español.

—No os pedí tampoco que os presentarais, señor español.

—¿Ah sí?—y Diego Lucientes aflojó el coleto de seda y encajes que rodeaba su garganta—. Hasta ahora he procurado ser discreto y comedido; pero me hartan ya vuestros modales, señor capitán mosquetero. ¿Buscáis reyerta? Os voy a complacer. ¿No queréis atender mi cortés presentación? Atended, pues, a la punta de mi espada, que os la voy a presentar gustosísimo.

—Me serviréis de testigo, señor de Rendouel. Y vos, señor de Saint-Cyr, prestad vuestros servicios al señor de Lucientes.

Desenvainaron ambos duelistas a la vez, y el capitán La Tremouille, cortésmente, sin burla, aclaró:

—Emplearé la mano izquierda, señor de Lucientes, porque vos estáis en inferioridad, ya que carecéis de...

Los ojos del madrileño rebrillaron peligrosamente.

—Os permito que suprimáis el “de” cuando citéis mi apellido, y en cuanto a darme ventaja, no os la admito, porque si utilizáis la diestra, me contentaré con heriros; si empleáis la zurda, os mataré.

Louis de la Tremouille ostentó en el rostro todos los colores y matices del arco-iris en breve espacio. Dió un taconazo impaciente.

—Pensaba sólo daros una lección, pero ahora os voy a mandar a la cama por un mes, señor fanfarrón.

—El que embroche al otro quedará autorizado para llamarle fanfarrón. Mientras, el fanfarrón sois vos, mosquetero.

La Tremouille trabó contacto, y con fiera precisión fué asestando los clásicos golpes de tanteo. Empleaba la mano derecha...

Parpadeó cuando, al dirigir una estocada científica, el manco pelirrojo la paró diestramente y estalló en carcajada burlona.

—¡Voto al cuerno!—rugió La Tremouille—. Reís como alguien que ayer conocí... y habéis empleado la misma contraparada. ¡Parad ahora ésa!—y tendióse a fondo.

—Ésa, también—y Diego Lucientes deslizó su hoja hasta que las dos guardas chocaron; retorció la empuñadura y la espada saltó de

manos de La Tremouille.

—Recogedla, señor fanfarrón. Figuraos lo que ahora habría ocurrido si os hubierais permitido emplear la zurda. Os permito usarla de nuevo. ¡Oh, oh, cargáis como un energúmeno!... ¡Calma, calma!

La Tremouille, aun en medio de su coraje exacerbado por la humillación, conservaba la prudencia del viejo espadachín. Lanzaba vigorosas estocadas alternándolas con imprevistos altibajos destinados a hallar un punto descubierto en la cerrada guardia de su rival, pero cada vez que creyendo hallar resquicio avanzaba el torso tendiendo el brazo, tenía que retroceder en salto defensivo...

Su frente empezó a poblarse de sudor y su pecho empezó a resollar.

—Milagro... parece..,—murmuró entrecortadamente—. Tenéis... el mismo estilo... y la misma maestría que un caballero que ayer me... desarmó... Y nunca me han desarmado...

Saint-Cyr, a espaldas de La Tremouille hizo una seña implorante, llamando la atención de Lucientes. Señaló su propio cabello y designó, suplicante, su propio pecho.

Diego Lucientes empezó a retroceder, y de pronto, chocando su acero contra el enemigo, levantó las dos hojas, manteniendo su rostro cercano al del viejo mosquetero.

—¿Tregua, señor capitán? ¿Un instante de reposo? Reanudaremos después...

La Tremouille saltó hacia atrás, abatió su espada y, aliviado, saludó con el arma por dos veces.

—Tregua, señor Lucientes. Si vos estáis cansado... yo también.— Y habiendo evitado la segunda humillación que presentía, sintióse casi contento. Tomó por testigos a sus dos subordinados. —Reconoced, señores, que ayer y hoy han entrado en este mesón dos aceros insuperables.

—Cierto. El del capitán Lezama y el mío — sonrió Lucientes—. Es mi maestro.

—¡Mesonero! — aulló Rendouel—. ¡Vino para refrescar nuestros gaznates. Bien, señor Lucientes; ya decía yo al veros esgrimir que parecíais un maestro de armas. Nuestro capitán es una espada de las mejores.

—Así lo reconozco—dijo Lucientes, y aceptó el jarro que

presuroso le tendió Saint-Cyr—. Pero reconoced, también, que me recibisteis algo fríamente... y estaré dispuesto a reconocer que no tengo motivo alguno para perforarme con vos, señor capitán.

—Acepto la lección—dijo La Tremouille, quien, quitándose el chambergo, barrió el suelo con las plumas del penacho—. Me llamo Louis de la Tremouille... y me aburría. Por eso os reté. Pero no quiero que forméis mal concepto de la cortesía mosquetera. Dijisteis que deseabais hablarme. ¿En qué puedo serviros?

—Mi amigo el capitán Lezama ha tenido que partir a París por imperativos inexcusables. Partió desesperado, pero, en cierto modo, algo esperanzado en mí. Me encomendó os visitara, y yo soy ahora quien, con la vida si es preciso, debo rescatar a una zíngara...

—¡Karmi!...—gritó Saint-Cyr, entusiasmado—. ¡Yo os ayudaré! ¡Mi espada, mi sangre, mi vida por Karmi y su leal y bizarro pi...!

—¡Tragaos la lengua!—vociferó La Tremouille, atronando la sala con su grito—. Excusadle, señor Lucientes. Saint-Cyr es novato y romántico. Continuad.

Con una mirada de simpatía hacia el joven mosquetero, que, enrojeciendo, ocultó su confusión en el jarro de vino, Diego Lucientes prosiguió:

—Veo que ya conocéis la historia. Mi señor Lezama, porque serví a sus órdenes y a sus órdenes perdí mi antebrazo...—aguardó unos instantes el ex pirata, pero los mosqueteros guardaron discreto silencio—, me ha encomendado el hallar el rastro de Karmi, la bella estatua de fuego. Y me dijo que vuesas mercedes le ofrecieron su ayuda galante y lealmente. ¿Puedo contar con ella en representación del capitán Carlos Lezama?

—Incondicionalmente — afirmó La Tremouille—. Según parece, el joven Saint-Cyr halló anoche una muy vaga pista. Le dijeron que por la ruta alpina que se dirige a Saboya... Hablad vos mismo, Saint-Cyr.

—Una campesina amable—y el imberbe mosquetero se sonrojó de nuevo —me informó de que había visto hacía dos días una caravana zíngara dirigirse hacia los montes de la Saboya. Me dió la orientación... pero la ruta se pierde lejos de nuestra comarca, lejos de nuestro destacamento— aclaró con pesar Saint-Cyr.

—Gracias. Vuestra compañía me es grata, señores, pero debo ponerme en camino, si nada mandáis, señor capitán.

Agradeciendo la muestra de cortesía, Louis de la Tremouille dió un manotazo en el hombro de Saint-Cyr. Sonrió guiñando un ojo al madrileño.

—¡Voto al rabo de Satanás! ¿Vos amáis la poesía, señor de Saint-Cyr? ¿Os gustaría contribuir a la hazaña de rescatar a una zíngara enamorada, para conducirla a los brazos de su amado? Brillan vuestros ojos, perillán. Id con el señor Lucientes. Mostradle el camino y que la suerte os acompañe. Considero vuestra ausencia como acto de servicio, señor de Saint-Cyr.

Cuando Saint-Cyr montó, alborozado, a caballo y emparejó su trote al del madrileño, Lucientes comentó, sonriente:

—El tocaros el cabello significaría que respetase las canas de vuestro capitán, así como el mea culpa querría decir que el señor de la Tremouille estaba ya falto de fuelle, ¿no es así?

—Así era. Y os quedo muy agradecido de que, interpretando mi súplica, evitaréis una nueva herida en el amor propio de mi capitán. Es honrado, bueno y noble.

—Así me parece ser la raza mosquetera, señor de Saint-Cyr. Por cierto, fuisteis atajado cuando empezasteis una palabra para calificar a mi capitán Lezama.

—Sabemos... sabemos que es pirata. Pero ¡hay piratas que merecerían ser mosqueteros! — exclamó sinceramente Saint-Cyr.

—Romántico sois, amigo. Creo que vos y yo haremos buenas migas. ¿Os encanta la poesía?

—Tuve un preceptor que me dió a conocer todos los clásicos. Pero... también tuve buen maestro de esgrima.

—Acertada precaución. Porque si recitamos trovas, es preciso también apoyarlas a veces con el acero. Antes clamasteis el nombre de Karmi con arrobo. ¿Por qué, si me es lícita la pregunta? ¿La conocéis?

—No la vi nunca. Pero ella es la Poesía, porque es la mujer que inspira amor a un pirata y le hace jugarse la cabeza que tiene a precio. Y es romance que me place... Toda la viril arrogancia de un bandido de los mares a los pies de una zíngara hermosa, presa en la siniestra oposición de sus hermanos de casta.

Los dos jinetes emprendieron a todo galope la ascensión por la serpenteante ruta que conducía a los altos parajes de la Saboya.

* * *

El aire cortante obligaba a los pastores de los altos parajes de la Saboya a encender fogatas con que desentumecer sus ateridos miembros.

Por todos los montes lucían puntos rojos, a cuya tibieza acogíanse pastores y ganado. Uno de aquellos refulgentes fuegos tenía otros motivos: a su calor reuníanse los zíngaros de la tribu del conde Zurad.

Algunos de ellos dormitaban junto al fuego después de cenar, pero la mayoría dedicábase a muy distintos menesteres. El conde Zurad obligaba a que cada componente de su tribu aportara un rendimiento.

Varias zíngaras tañían castañuelas en un extremo del campamento, y, acompañadas por varios violines, se ejercitaban en sus danzas lánguidas a instantes, provocativas a otros...

Acurrucadas, varias zíngaras ancianas fabricaban diestramente sortijas, pendientes, collares y otros objetos de bisutería, que luego eran adquiridos por recelosas campesinas en ferias y mercados.

En otro rincón, dos zíngaros acababan de colocar en el suelo una plancha de hierro que habían estado calentando al fuego.

Arrastraron de sus cadenas a dos osos jóvenes, a los que obligaron a subir sobre la plancha de hierro. Tocaron rápidamente sus panderetas con un aria de ritmo marcadísimo, y los dos oseznos levantaron inmediatamente las patas delanteras, quedándose derechos, y después, para evitar el ardiente contacto, levantaban sucesivamente cada una de las patas posteriores,e involuntariamente empezaron a cadenciar sus movimientos con el sonido de la música.

Se necesitarían pocos días para que, ya acostumbrados a acomodar sus saltos al ritmo musical de las panderetas, bastase que oyeran el redoblar del parche para que se pusieran a bailar inmediatamente.

En el lejano extremo, otros ponían en práctica su habilidad proverbial para hacer pasar por útiles los animales defectuosos, ocultando su edad y sus mataduras con hábiles operaciones.

Uno de ellos pegaba con su fusta duramente a un caballo cansino, y a la vez pronunciaba palabras siempre las mismas en tono excitante. Luego bastaría, cuando tratase de venderlo, que repitiera aquellas palabras, sin necesidad de azotarlo, y el caballo,

acordándose del castigo, se animaría, saltando y corriendo y adquiriendo toda la apariencia de un animal brioso.

Cesó toda actividad cuando restallaron tres sonoras palmadas. Junto a la gigantesca hoguera, continuamente alimentada de secos



...levantaron inmediatamente las patas...

sarmientos y retorcidos leños, un anciano de poderosa figura y cruel semblante acababa de dar la señal que llamaba a reunión.

Toda la tribu vino respetuosamente a sentarse en círculos alrededor de la hoguera y de la silueta del conde Zurad, que se hallaba en pie.

—Ya pusimos suficiente distancia entre la caravana y la tierra de los “payos”—dijo con ronca voz el conde Zurad—. En esos montes de pastoreo estamos libres ya de toda persecución.

El pirata que osó mancillar a una zíngara con sus anhelos, será juguete de maldición y desespero. Karmi la rebelde, Karmi la maldita, bailará esta noche aceptando por esposo a un hombre de su raza. Uno de vosotros cogerá su pañuelo, y le conmino, bajo el más severo castigo, a que la convierta en esclava sumisa. El que de vosotros la elija por mujer, la azotará por espacio de varias noches consecutivas, antes de otorgarle la menor caricia. ¿Quién de vosotros elige por esclava y esposa a Karmi, la rebelde?

Tres zíngaros saltaron prestamente en pie, mirándose entre sí con amenazador ceño torvo. El conde Zurad sonrió malignamente.

—Puede en vosotros más el deseo de belleza que el desprecio de un zíngaro. Dominad vuestra impetuosidad. ¿No sabéis que Karmi entregó su alma a un fementido pirata? Habla, Jerual.

—Digo que es bella como la plata de la luna cuando por la brisa el monte murmura — dijo Jerual fervientemente.

—Y tú, Azor, ¿qué ves en Karmi la maldita?

—Sus “acais”, que son terciopelo y joya.

—Son ojos que a otro aman, Azor. Oigamos ahora a Gipsy. ¿Por qué deseas azotar a Karmi?

—Porque encendió fuego en mi pecho, y sus ojos lloran por otro que no es de nuestra raza.

—Tuya es, Gipsy—decretó solemnemente el conde Zurad—. Tú sabrás domeñarla. ¡Tráela aquí!

Gipsy volvió a los pocos instantes, arrastrando tras sí con fiereza brutal a Karmi, que se debatía inútilmente, presas sus muñecas en la férrea tenaza de la correa del látigo de Gipsy, quien, al llegar frente al conde Zurad, arrojó al suelo a la zíngara.

—Gipsy te concede el honor de quererte por esposa, Karmi—dijo rudamente el conde Zurad. Bailarás con él...

Karmi levantóse, y destrenzóse en trágica protesta los negros y

largos cabellos, que cayeron sobre sus hombros semidesnudos. Fijó en el jefe de la tribu sus ojos relampagueantes.

—Bailaré, conde Zurad. Pero seré esposa de la hoguera, antes que mujer de quien no sea el que yo elegí y me eligió.

El conde Zurad encogióse malignamente de hombros, e hizo una señal. El músico de la tribu designado para recitar y tocar la danza, de nupcias afinó su violín, carraspeando.

Gipsy, vigilando los movimientos de Karmi, hizo restallar su látigo y, empujando a la zíngara, murmuró:

—Baila, perra renegada.

Karmi alzó lentamente los brazos, mirando con fijeza el gigantesco llamear de la hoguera. El zíngaro recitador empezó su cantinela:

“Rachí orobando sar chimatra…”

La zambra monótona y enervante preludió con su ritmo acompasado la hierática, solemne y soberbia evolución lenta de los brazos de la zíngara Karmi.

Acentuando el mohín de desprecio en la carnosa boca roja, Karmi bailaba como si ignorara que, en las tinieblas de la penumbra, un círculo de ojos la contemplaba. Pensaba en el hombre que ya nunca más vería… porque bailaba su última danza, tras la que se arrojaría al fuego.

Los brazos de la bailarina trenzaban arabescos en el aire; los ojos luminosos de triste nostalgia parecían fascinados por el cabrilleo de las llamas; el maravilloso cuerpo estatuario iba acercándose a la hoguera; el breve pie alado simulaba seguir el compás de la zambra recitada; el prodigioso cabello endrino de azulados reflejos que hacían resaltar la marfileña tez de cálida turgencia, sacudíase hacia atrás…

Repentinamente dió un salto hacia adelante, tendiendo los brazos hacia la llama; un grito resonó en la acurrucada tribu… Las llamas iban a incendiar a la que prefería morir horriblemente, a vivir infiel al hombre que la eligió…

Pero Gipsy estaba atento y su diestra alargóse brutalmente, y, asiendo de los largos cabellos a la zíngara, la apartó de la hoguera. Su látigo restalló en el aire y un surco rojizo marcó de sangre el hombro derecho de Karmi…

—Átala a tu carreta, Gipsy—decretó Zurad—. Tú eres el esposo

que merece esta mujer rebelde.

Gipsy, con un grito de salvaje, levantó en vilo a la derribada zíngara... Karmi mordió fieramente en el cuello al que pretendía domeñarla...

La diestra de Gipsy tiró del cabello de la zíngara, echándole hacia atrás el rostro... Rió el conde Zurad y rieron todos los zíngaros viendo como Gipsy ataba hábilmente las muñecas de Karmi al palo de su carreta.

—¡Bravo mozo es Gipsy! — decretó Zurad—. Es mi mejor domador, y por eso será buen esposo y hará feliz a la rebelde, que no merecería que el bravo Gipsy la eligiera.

El “bravo” Gipsy arrancó la hombrera del corpiño de Karmi, y, alzando su látigo, descargó un fuerte correazo, que toda la tribu coreó guturalmente...

Sólo azotó una vez, porque un pistoletazo rasgó los aires, y, en medio de la mayor confusión y alarma, vieron los de la tribu cómo Gipsy, vacilando, daba un traspiés y, soltando el látigo, caía tendido de bruces cuan largo era...

CAPITULO III

El hacha del verdugo

Thibaut, el reyezuelo de la independiente Corte de los Milagros, hundióse el pulgar en la fosa nasal, y su peludo rostro muequeó en divertida carantoña donde los ojillos vivaces reían.

—¿Conque tú eres Carlos Lezama, el Pirata Negro? ¡Hola, hola! Todos los sabuesos de París andan tras tu carne pirata.

—No vengo dispuesto a regalársela de balde, Thibaut. Puedo afirmarte que no he venido a tus cloacas para que me prevengas de peligros que te agradezco menciones; pero no hice un largo viaje y en molestas circunstancias para protegerme en tu reino. Vengo a buscar a un hombre... un hombre que me llamó...

—Sé a quién te refieres, pirata. Buscas al conde de Ferblanc. ¿Te extraña que lo sepa? Nada respeto en ese bajo inundo que todo es cloaca, pirata. Me río del Rey de arriba; me río de los tragones ricachos; me río del amor perfumado..., pero hay algo que respeto. Respeto al hombre que no vacila en sortear los guadañazos de la Pálida, impulsado por la única sentimentalidad que comprendo

—De sentimental nada tengo, ni creí que tú tuvieras.

—Falacias y apariencias, pirata. Tú has venido aquí porque el conde de Ferblanc es quien te dió el ser. No frunzas el ceño. Si Ferblanc me confesó tal secreto, es porque Ferblanc sabía que yo puedo ser ladrón, jefe de ladrones, pero no soy sabandija nacida de monstruos, sino de padres como tú, yo y el tipo aquel que ronca estrepitosamente. Y Ferblanc me dijo que, tardé o temprano, tú vendrías aquí.

—Y aquí estoy, Thibaut amigo. ¿Dónde está mi..., el conde de Ferblanc?

—Tienes pecho de leñador, pirata. Quien asesta hachazos, debe

saber recibir hachazos.

—No andes con rodeos—dijo impaciente el Pirata Negro—. ¿Dónde está el hombre que he venido a buscar?

—Una noche fantasmal, él dormía. Entró el “guet” y diez hombres saltaron sobre él a traición... y el conde de Ferblanc está preso. Lo ajusticiarán... si ya no ha rodado su cabeza bajo el hacha del verdugo del Rey de arriba.

El Pirata Negro abalanzóse sobre el hampón, cuyo sucio coleto asió con las dos manos, zarandeándole violentamente. Thibaut no hizo la menor intentona de defenderse.

—¡Consentiste que lo apresaran!... ¡Quizá tú mismo..,!—gritó enfurecido Lezama.

—¡Quietos, todos vosotros — ordenó Thibaut a los “courtisards”, que hasta entonces habían fingido dormir y que ahora rodeaban amenazadores y con los puñales desnudos al que osaba atacar en su propio antro a] rey del hampa—. Suéltame la “tragona”,

pirata; podrías estrangularme, y no cumplirías la misión a que has venido. A Ferblanc di refugio, y no pude evitar que lo apresaran.

Carlos Lezama separó sus manos del cuello del hampón que añadió:

—Quizá, si la única luz que veías en tu camino era la de saber a quién llamar “padre”, el hachazo que acabas de recibir ha sido de los que hacen destilar amarga resina. Mucho me temo que no halles redención. Vuelve al mar, saquea, pilla, incendia, mata..., venga las injusticias del destino...

Pero las palabras que Thibaut murmuraba no tenían a su principal auditor e inspirador, porque ya el Pirata Negro habíase marchado.

* * *

Lisa Souza, la linda bailarina portuguesa, vivía feliz en el palacete de su esposo el vizconde Hugues de Luynes[2].

Amando profundamente a su marido, su existencia transcurría plácidamente, entregados ambos al mutuo deliquio de compenetración absoluta, que, haciéndoles aborrecer de las hipocresías cortesanas, reducía y concretaba su existencia a pasear por los vastos jardines que rodeaban el palacete.

Y siempre que alguien venía a manifestar que deseaba visitar al

señor vizconde, el ama de llaves limitábase a decir que el señor vizconde y su esposa estaban ausentes. Lisa Souza reía infantilmente, contenta de aquel aislamiento de toda sociedad.

Sólo una sombra había en su vivir; echaba de menos las visitas que antes efectuaba cada semana el conde de Ferblanc. Habíale explicado a Hugues que Ferblanc ignoraba que ella sabía que era su hija, y el vizconde, comprendiendo ahora las razones por las que un día Lisa habíale dado a elegir entre su amor o portarse como un cobarde ante Ferblanc, sintió aún más fuerte el lazo de ternura que le unía a su esposa.

Y cuando Hugues de Luynes supo la caída en desgracia de Ferblanc, su huida y su captura, rodeó aún de más atenciones a Lisa en evitación de que ella supiera la noticia. Lo logró, aunque un vago remordimiento le asaltaba cada vez que oía a su esposa citar a Ferblanc.

Aquella noche, cuando tras cenar ambos recreábanse jugando al ajedrez, Lisa Souza volvió a suscitar el tema.

—Empieza ya a alarmarme tan prolongada demora en visitarnos.

—No te preocupes, amor mío. El conde tiene muchos asuntos que atender y...

—También antes los tenía; pero eso no le impedía venir a cenar con nosotros cuando menos todos los sábados. Era nuestra única visita... y lo echo muy de menos. Y estoy decidida, Hugues; cuando venga, además de regañarle por su abandono, le diré la verdad. Le diré que ya sé que es mi padre, y los tres juntos viviremos felices. Sólo me falta él para que mi dicha sea completa.

Hugues de Luynes, apuesto e imberbe, empleó el único sistema que conocía para acallar aquella voz que le producía desasosiego cuando hablaba tan inocentemente del hombre cuya cabeza habría ya rodado por las gradas del patíbulo.

Levantóse y, sentándose junto a ella, besó sus labios. Ella olvidó el tablero de ajedrez y de buen grado correspondió al abrazo. Pero de pronto lanzó un pequeño grito.

En el marco de la ventana, un embozado, con los brazos cruzados y apoyado indolentemente contra la madera, asomaba tan sólo dos ojos negros intensamente sardónicos, fijos con amenazadora expresión en la pareja de amantes cónyuges.

Hugues de Luynes volvióse, e iba a saltar en pie, cuando el

desconocido murmuró:

—Hay una pistola que señala tu pecho, vizconde. Quédate tranquilo, tal como estás. Conmueve mi alma ver la linda pareja que formáis.

—¡Carlos! — gritó ella, alborozada. —¡Malo! ¡Es esa forma de visitarme, pretendiendo asustarme? Es Carlos, Hugues. Nuestro buen amigo Carlos Lezama.

—Te equivocas, niña sin sesos—dijo duramente el Pirata Negro, desembozándose y mirando desdeñosamente a su hermana—. No soy vuestro amigo. Vine aquí creyendo hallarte sumida en justo dolor, y veo que con la misma inconsciencia de un pajarillo te arrullas con tu marido...

Lisa Souza púsose en pie, extrañada y ofendida.

—¿Y por qué razón, señor pirata, si amo a Hugues, debo hallarme sumida en justo dolor, como pretendes? Por excéntrico te tenía, pero no hasta ese grado.

Hugues de Luynes inició un ademán hacia su espada, que había abandonado en un sillón cercano. El Pirata Negro agitó la diestra.

—No quisiera convertir en viuda a esta niña cruel, Hugues de Luynes. Continúa donde estás, que ahora vais los dos a escucharme. Tengo que escupiros mi desprecio. A ti, principalmente, Lisa. Te conocí risueña, buena, caritativa, y por eso te quise con afecto... casi fraterno. Me marché contento de saberte bien casada y feliz..., pero ahora, aunque a ti te parecerá que sea tomarme atribuciones que no me pertenecen, ahora vengo a maldecirte y a proclamarte casquivana veleta sin corazón, ya que puedes entregarte al amor mientras en el patíbulo...

—¡Callad, señor!—imploró gritando el vizconde de Luynes, agitado y avanzando hacia el Pirata Negro.

—¿Que me calle? Si estoy empezando tan sólo a hablar, aristócrata. ¡Tate! ¿Pues no está ella llorando? ¡El colmo de la desfachatez!

—No sabe nada — bisbiseó Hugues de Luynes; y, volviéndose, corrió hacia Lisa, a la cual enlazó en estrecho abrazo.

La portuguesa miró al Pirata Negro con reproche amargo.

—Me has insultado, Carlos. No sé el motivo. Has hablado de un patíbulo. ¿Te ocurrió algo y yo no acudí en tu auxilio? ¡Perdóname, Carlos!... Fui egoísta y consentí en encerrarme aquí con Hugues

para vivir solos. No recibimos visitas nunca; no salgo de paseo más que al jardín. Nada sé de lo que ocurre en París, porque odio la corte...

El Pirata Negro comprendió que la ex bailarina, que ignoraba el lazo de unión entre ellos dos, ignoraba también la suerte de quien era padre de ambos.

—Mi niña — dijo suavemente con sonrisa afectuosa—, perdóname tú a mí. Mis reproches han sido estúpidos y desplazados; también ahora como, en otra ocasión, ¿recuerdas cuando yo, desconociendo que el conde de Ferblanc era quien...—miró al vizconde, y ése asintió como dando a entender que sabía—, era tu padre, achacaba otras intenciones a la tutela que sobre ti ejercía? Del mismo modo ahora te echaba en cara una maldad inexistente. Tú no podías saber lo que ocurría.

—¡Dime! — imploró ella, juntando las manos—. ¿Se trata acaso de Humbert de Ferblanc? ¿Sufrió herida en duelo? ¿Un accidente...?

—Cálmese la portuguesita — sonrió con esfuerzo el Pirata Negro —. Tu conde sigue siendo hombre recto e intachable, y nada le ocurre.

—Entonces... ¿por qué no viene a visitarme? ¿Habéis peleado de nuevo? ¡Tú no habrás... no le habrás malherido!

—Aquiétate, mi niña. Si cité el patíbulo... fué porque a mí se refería. Y venía a reprocharte que tú, que decías quererme amistosamente, no hubieras hecho nada para ayudarme.

—No supe nada, Carlos. Somos culpables, Hugues—dijo ella con reconvención a su esposo—. Por aislarnos del mundo, nuestro amigo Carlos estuvo a punto de morir.

—Todo tiene arreglo, Lisa—dijo el Pirata Negro—. Tengo que huir, y tu marido me facilitará los medios. Déjanos a solas, que cuando termine nuestra conversación ya me despediré de ti.

—Sí, amor mío—aprobó Hugues de Luynes—. Las palomas no deben estar presentes en discusiones de hombres.

Apenas hubo salido Lisa Souza, el Pirata Negro volvió a adquirir su dureza de expresión y mordió incisivamente las palabras al decir:

—Palomas, ¿eh? Vos sois el palomo, señor de Luynes. No os encabritéis, que no estoy dispuesto a toleraros el menor gesto de rebeldía. Mantenéis en el engaño a esa criatura; la dejáis ignorante de la próxima ejecución de su padre, y nada hacéis para salvarle a

él del patíbulo. Sabéis sin embargo, que cuando ella se entere sufrirá mucho.

—No lo puedo evitar. Ferblanc está preso en la Bastilla, y de la Bastilla nadie se escapa. Además, señor mío, por más pirata que seáis, ¿a vos qué se os va y se os viene en todo ese triste asunto? Respeté el cariño fraternal que Lisa y vos parecéis prodigaros, pero no lo considero suficiente motivo para que vengáis a pedirme cuentas de la suerte de un hombre que en nada os importa.

El Pirata Negro, sin dejar de vigilar al acalorado aristócrata, cercioróse de que la puerta estaba bien cerrada y de que nadie podía escuchar la conversación:

—Vos tenéis relaciones entre la alta sociedad parisina. Vos tenéis dinero. Esas dos son las llaves con las que la misma Bastilla se abre..., y yo quiero esas llaves.

—Y yo no quiero dároslas. Por evitarle una pena a Lisa, lo haría, aunque pereciera en la demanda, pero para complacer los caprichos de un pirata loco, no soy yo, Hugues de Luynes quien doblará el espinazo. De mi espada me separan unos pasos; podéis apretar el gatillo, porque espada en mano quiero que me deis razón de vuestra intempestiva presencia.

Hugues de Luynes dirigióse con paso firme hacia su espada. Al dar vuelta extrañado de no haber oído disparar, vió con asombro que el Pirata Negro tendíale un crujiente pliego de papel.

—Leed, señor vizconde. Por valiente podéis leerlo.

Intrigado, Hugues de Luynes ojeó el sobre, que decía en letras rojas:

“El conde de Ferblanc a Diego Lucientes. Súplica: Entregad a Carlos Lezama esa misiva que le habla de su madre.”

El vizconde extrajo la carta, que leyó con creciente estupor, patente en su rostro:

“En París, en abril del año de gracia de 1707.

”Carlos: Acosado, perseguido, sintiendo que la Muerte me ronda, quisiera que oyeras de mis labios noticias de tu madre. Tuviste la heroicidad de, sabiendo quién yo era, no abofetearme porque te dejé marchar sin darte el nombre de hijo. Razones que personalmente quiero explicarte me obligaron a ello. Pero tú y yo somos hombres de cierto temple, y tú por ser el Pirata Negro y yo por ser el Fantasma Gris, no nos abandonamos largamente a exteriorizaciones de sensibilidad.

"Ha sido descubierta mi doble personalidad y vivo oculto en el Barrio Latino. Mis últimos actos como secretario de seguridad del Rey fueron ahondar en tu vida. Descubrí que un madrileño llamado Diego Lucientes sirvió a tus órdenes. También averigüé que se casó con Gabrielle de Civry y que Jarnac de Lesperruy te aprecia, dándote su amistad.

Un hombre que aún sigue siéndome fiel, hará llegar esta misiva a manos de Diego Lucientes, para que él, conocedor de tu paradero, consiga trabar contacto contigo.

"No se trata de mí, Carlos. Es ella... tu madre. En ella hay quizá la única probabilidad de que tú nunca te veas como ahora yo, acosado, perseguido y sintiendo que la Muerte me ronda. Ven.

"Humbert de Ferblanc"

Hugues de Luynes dejó caer la carta que al vuelo recogió el Pirata Negro. El vizconde miraba, sin habla, con los ojos dilatados por el más infinito de los asombros al que tenía delante.

—¿Os asusta tenerme por cuñado? Tranquilizaos; de vos no quiero parentesco. Quiero tan sólo vuestras dos llaves...

—¿Cómo... c-cómo nunca habéis dicho a Lisa que es vuestra hermana?

—Quien tiene como yo el cuello siempre a disposición de un hacha de verdugo, no puede aspirar a hermanas... si éstas se hallan bien casadas. Y le basta a la pobre niña—y sonrió acerbamente—con que algún día sepa que su padre era el Fantasma Gris. ¿Añadir yo a esa familia el título de Pirata Negro? No. Si lo llevo con tanto orgullo como él supo llevar el del Fantasma Gris, no quiero que ella se vea forzada a llevarlo. Eso es todo.

—Os... os admiro, caballero Lezama. Vos no sois pirata...

—Sí, amado cuñado. Soy pirata, y como pirata quiero meterme en la Bastilla, con vuestra ayuda o sin ella. Si la cabeza de mi padre ha de caer bajo el hacha del verdugo, le aguarda doble faena al verdugo. Aunque la mía es dura de cortar.

Hugues de Luynes avanzó tendiendo sus dos manos.

—Contad conmigo para todo. Si el conde de Ferblanc ha de morir, morirá en nuestra compañía.

—Gracias, señor—dijo seriamente el Pirata Negro estrechando las dos manos del vizconde—. El conde de Ferblanc vivirá; eso es lo que debemos procurar. Mañana por la noche ha de ser decapitado.

Hasta entonces, tenemos que procurar que así no ocurra. ¡Oh, ved que la puerta repiquetea!... Vuestra paloma se inquieta e impacienta...

Hugues de Luynes acudió a abrir. Entró Lisa con su grácil andar, amenazando amistosamente al Pirata Negro con el índice.

—No me gustó, no me gustó dejarte a solas con Hugues. Tenéis los dos un genio pronto... y prefiero asistir al resto de vuestra conversación.

Carlos Lezama asió el sonrosado índice, que besó.

—Por ser tu esposo no podría yo nunca pelearme con él, Lisa. Dime, ¿me concedes hospitalidad hasta mañana por la noche? Tu marido consiente.

Aplaudió ella gozosa; pero de pronto su rostro se puso serio.

—¿No correrás peligro, Carlos? Por complacerme, no vayas a exponerte al riesgo de que te apresen.

—Presos estamos el señor de Luynes y yo, pajarillo. Él, porque te ama como marido; yo, porque tengo por ti ternura muy semejante a la de un hermano, ¿sabes, mi niña? Bien; fuera sentimentalismo sin ton ni son. ¡Tate! ¿No es aquello un magnífico pollo bien cebado? Os tratáis bien, palomos. ¿Permitís?

Enlazados, los esposos vieron sonriendo cómo el Pirata Negro devoraba a dentelladas. Hugues de Luynes sonreía admirativamente...

* * *

Humbert de Ferblanc desmenuzaba, a dentelladas, el pollo que el carcelero acababa de depositar ante él. En la espaciosa celda del condenado a muerte, tres cortesanos, sus jueces, entre los que estaba el propio Le Normand, le miraban con semblante de hosca reprobación.

—Feos son mis modales, lo reconozco—habló con la boca llena Ferblanc. —Pero por espacio de siete noches sólo he comido una infecta sopa y una todavía más infecta bazofia que ese buen carcelero pretendía que era cordero con patatas. Hago, pues, honores a ese pollo, porque es el último que he de masticar. ¿Cuántas horas faltan, monsieur Le Normand.

—Cuatro. A las doce serás decapitado, Fantasma Gris.

—Aprende de mí un detalle, Le Normand. Yo siempre fui cortés con los que acompañé al patíbulo.

—Excesivamente — dijo agriamente el secretario particular del Rey—. Tanto que estrechaste la mano y abrazaste al Pirata Negro delante del verdugo y tus mosqueteros. ¿Fraternidad de canallas?

El resto de pollo que mantenía Ferblanc en la mano fué a estrellarse contra el rostro de Le Normand.

—¡Centinelas!—gritó uno de los jueces; y cuando entraron cinco robustos carceleros, tendió Ferblanc las manos que le fueron atadas de nuevo.

—Francamente, señores, me dais pena—dijo Ferblanc sentándose en su camastro—. Insultar a hombre que va a morir, no es acción para estar orgulloso. Al menos no creí en vos eso, caballero Lauzun. Procedéis de familia de rancio abolengo de valientes, y os creía digno descendiente de ellos.

—Y lo soy—rebatió orgullosamente el aludido—. No apruebo las palabras de "monsieur" Le Normand. Si vos fuisteis el Fantasma Gris, ahora sois un condenado a muerte. Por tanto, estimo, señor Le Normand, que debemos ahorrar toda inútil humillación que el mismo Rey reprobaría. Nuestra obligación es estar presentes a los últimos instantes de ese caballero, y si quiere insultarnos, es muy libre de hacerlo. Quien va a morir tiene todos los derechos.

—Gracias, caballero Lauzun—dijo Ferblanc saludando en pie con altivez.— En toda la corte no había más que dos hombres; el Rey y vos. Como presidente del Tribunal, ¿estáis facultado para atender mi última petición?

—Es deseo expreso de Su Majestad que os sea concedido lo que solicitéis en postrer instancia verbal.

—Rendiréis pleitesía a Su Majestad por esa magnánima concesión. Es mi postrer deseo tener una entrevista a solas con una dama.

—¿Quién es ella?—inquirió Lauzun.

—Una dama de noble alcurnia: una sevillana que reside en la Embajada española. Sus nombres son: Esperanza Heredia.

—Yo mismo iré a requerirla y la acompañaré en carroza hasta la Bastilla. Señores, el caballero Ferblanc deseará quedarse a solas.

Cuando Humbert de Ferblanc quedó solo, echóse de bruces sobre el camastro. Hundió el rostro entre sus manos atadas, y musitó:

—¡Carlos...! Tarde llegará a tus manos la carta que te escribí

desde la “Corte de los Milagros”... y que ahora no quisiera haberte escrito...

* * *

Esperanza Heredia ostentaba la paradoja de unos níveos cabellos en contraste con una piel de niña rosada, tersa y sin arrugas.

Menuda y de elegantes ademanes, en sus negros ojos había por instantes intensidad de fuego, pero la fina boca tenía en sus comisuras dos arrugas que plasmaban una expresión de amargura en el delicado rostro.

Y veíase que el blanco cabello no era el de una mujer anciana por años ya que el terso cutis y las blancas manos no denotaban vejez. La más envidiosa de las mujeres le atribuía cuarenta y cinco años, aunque su verdadera edad remontábase a los cuarenta y nueve.

Esta fue la dama ante la que el caballero de Lauzun fué introducido a las ocho y media de la noche, en la sala de audiencias particulares de la Embajada española.

—Vos diréis, señor de Lauzun. Me comunicaron que algo muy urgente motivaba vuestra visita que me honra.

—Es bastante desusada la causa por la que os he importunado, señora. Un caballero, en trance de muerte, desea tener una entrevista con vos.

Esperanza Heredia rigidizó el busto y sus manos temblaron levemente, aunque fué con ceño altanero que replicó:

—¿Os referís al conde de Ferblanc? Esta noche deben ajusticiarlo. No es cristiano lo que a deciros voy; cuando las campanas de la Bastilla repiquen a muerto, reiré, hasta que las lágrimas me salten. Leo en vuestro semblante un cierto reproche.

—Si así es, os pido humildemente mis más rendidas excusas, señora. No soy quién para enjuiciar las razones que para hablar así tengáis. Yo me batí en duelo con el conde Ferblanc; me hirió y, sin embargo, lo he olvidado, porque ahora es un caballero que va a morir.

—Hay heridas que nunca cicatrizan, señor de Lauzun. ¿Sabéis para qué solicita una entrevista conmigo el conde de Ferblanc?

—Lo ignoro, señora. Mi misión ha sido advertiros tal deseo. Sois española, y en las Españas los odios son vehementes. Pero permitidme que os recuerde que también es española y cristiana la

virtud de perdonar.

* * *

Humbert de Ferblanc púsose en pie cuando en su celda entró Esperanza Heredia. Con sus manos atadas señaló el único escabel.

—Buenas noches, señora. Sincera y lealmente os agradezco el haber accedido a mi súplica. No podría irme de este mundo sonriendo, si antes no supiera que cuento con vuestro perdón.

—Óyeme sin aspavientos, Humbert de Ferblanc—musitó ella con voz levemente enronquecida y relucientes los negros ojos—. Tanto como un día te quise, tanto te odio con acumulada pasión. Te aborrezco, y al caer tu cabeza decapitada, reiré por vez primera desde hace años. No he reído desde que en una aldea de Panamá abandoné a mi hijo después de oírte blasonar de tu burla sacrílega, en la que de tu esbirro hiciste cura casamentero. Lograste lo más horrible: que abandonase a mi hijo, porque era carne de mi deshonra. Ahogaste mi sentimiento de madre. ¡Y ahora, que te perdone Dios, que yo nunca he de perdonarte! Tu muerte me aquieta..., porque te quise y fuiste el único hombre que amé, Humbert de Ferblanc.

—Apasionaba eras entonces y justo es tu odio, Esperanza. Bien sabes que yo intenté reparar la insensatez que cometí... Mi pecado no lo pago con el hacha del verdugo, Esperanza; ni lo pagas tú, la inocente sacrificada, con tu odio que te envenena el alma y puso blancura en tus cabellos. ¡Lo paga él! ¡Tu hijo!

Esperanza Heredia movió los labios en amargo rictus doloroso.

—Es pirata... y en el mar halla su felicidad. Si supiera quién yo soy, si yo le concediera mi amor de madre, volvería a vivir las inquietudes que tú me proporcionaste. Porque, como tú, es aventurero, que con la muerte a diario juega. Y el calvario que tú me diste, no quiero volver a vivirlo.

Humbert de Ferblanc rió despreciativo.

—No eres simpática, Esperanza, porque sólo en ti piensas siempre. Yo muero en un patíbulo—... ¡y él morirá en un patíbulo si tú no consientes en lo que pedirte quiero! Acepto que no me perdones; acepto que acojas mi muerte con risas de alegría. Es justo que así sea, y no te llamé para suplicarte en mi nombre. Te llamé porque aun a tiempo estás de demostrar que eres mujer que el nombre de madre merece. Yo voy a morir; viuda serás a la

medianoche. Cásate conmigo y legitimarás a tu hijo, convirtiéndolo, del Pirata Negro, en el conde de Ferblanc, que mi nombre como tal me pertenece. No rías, Esperanza, porque atadas como están mis manos, y no habiendo nunca tocado rostro de mujer con bofetón airado, juro por el infierno abofetearte si ahora ríes.

Esperanza Heredia, que iniciaba triste sonrisa, truncó su gesto en mudas lágrimas. Rehaciéndose con enérgico esfuerzo, sonrió:

—Eso ha sido lo que te ha perdido, Humbert. Tus rasgos de caballero no pueden hacer olvidarme tus villanías. Pero..., en hombre que como tú va a ir al patíbulo, no me queda más remedio que inclinarme ante tu gesto. Eres ahora mejor que yo; más bueno que yo, porque en él has pensado. Acepto.

El propio Lauzun presenció como testigo la boda “in articulo mortis”. Con las manos libres, Humbert de Ferblanc escribió unas líneas en un pergamino que tendió, al terminar, a Lauzun.

—Leed, señor. Debo entregar ese testamento a mi esposa.

—Entregádselo, señor. Sería imperdonable sí en documento de esta índole cometiera la indiscreción de fiscalizar.

—¿Qué hora es, señor de Lauzun?— preguntó Ferblanc.

—Las once y media. ¿Deseáis algo?

—Que llevéis vuestra bondad hasta acompañar a mi esposa hasta la Embajada. Las calles pululan de maleantes como yo...

Esperanza Heredia dirigióse hacia la puerta. Iba a salir, cuando impulsivamente volvióse y murmuró:

—Por él... te perdono, Humbert. Que Dios se apiade de tu alma.

—Ante nadie he hincado la rodilla, Esperanza. Ante ti... lo hago. Adiós.

Arrodillado vió salir de su celda a Esperanza Heredia. Levantóse y por unos instantes paseó a lo largo del recinto. Cuando apareció Le Normand, Humbert de Ferblanc ostentó la más irónica de sus sonrisas.

—Os veo risueño, “monsieur” Le Normand. Vendrás a comunicarme que el hacha del verdugo espera, ¿no?

“Monsieur” Le Normand asintió mudamente...

CAPITULO IV

"**Romanticismo, enemigo nuestro...**"

La confusión que el pistoletazo sembró en el campamento, de resultas del cual Gipsy cayó al suelo, fué dominado por la voz del conde Zurad.

—¡Sosiego, hermanos! He visto la cruz de los mosqueteros, y esperemos confiadamente las explicaciones de por qué unos servidores del Rey como son los mosqueteros atacan a traición a un pobre zíngaro.

Saint-Cyr, ostentando la cruz de Lorena en el pecho, avanzó junto a Diego Lucientes en cuya diestra humeaba aún la pistola recién disparada.

—Los mosqueteros nunca atacan a traición—exclamó Saint-Cyr, que agitaba su espada desnuda.

—Calmaos, Saint-Cyr—rogó Lucientes—. No seáis romántico. Con esos caballeretes no caben explicaciones. Como mosquetero que soy—añadió descaradamente—yo te daré las explicaciones, zíngaro canoso. No he matado a tu pobrecito zíngaro; me ha bastado agujerearle el hombro. Quien pega a una mujer es hasta indigno de plomo. Por suerte, tu pobre zíngaro la golpeó a ella en un hombro, que si hubiera llegado a pegarle en la frente, tendrías ahora un zíngaro menos, y nada se hubiera perdido para mi gusto.

—Somos pueblo libre y...—empezó a decir el conde Zurad.

—Libre sois de cosechar piojos si queréis, pero no de azotar a indefensas mujeres.

—Es asunto que a ti no incumbe, mosquetero. Esa es Karmi, la rebelde, y es costumbre zíngara disponer de la esposa como mejor se quiera. Y Gipsy cumplía un deber de marido.

—¡Callad, Saint-Cyr! Yo disparé, yo hablo. Escucha, anciano;

estás en mi demarcación. El caballero que me acompaña pertenece, como yo, al destacamento mosquetero de la Alta Saboya. Pasamos incidentalmente por aquí, y no pude evitarme apretar el pistolón; y estallará todas las veces que vea a uno de tus hombres azotar a una mujer, sea la que sea, que tanto se me da, llámese Karmi como Mirka.

—¡Favor, señor!—imploró Karmi, forcejeando para liberarse.

Iba Saint-Cyr a abalanzarse, pero le detuvo Lucientes.

—¡Alto ahí, señor Saint-Cyr! Liberar a esa bella zíngara, sería inmiscuirnos en asunto que no nos atañe, ¿no es cierto, anciano?

—Habla por tu boca la sensatez, mosquetero pelirrojo.

—Siempre ha sido la sensatez mi rasgo característico. Procura tú imitarme. Hasta la frontera suiza e italiana, estarás bajo mi vigilancia, y si el pobre zíngaro Gipsy vuelve a tocar a la maniatada, no seremos dos, sino los cincuenta mosqueteros de mi destacamento



—Los mosqueteros nunca atacan a traición...

los que os despellejemos a zurriagazos desde el primero al último. A ti no te azotaré, porque respeto los cabellos blancos. A ti te mandaré ahorcar. Adiós... y buenos modales, que no pienso alejarme mucho, y circulará entre todos mis mosqueteros la orden de vigilaros estrechamente.

Cuando Saint-Cyr, boquiabierto, vióse de nuevo a caballo y lejos del campamento, parecía haber perdido el uso de la palabra. Al fin balbuceó:

—Todavía no he aprendido el arte de jurar al estilo mosquetero, señor Lucientes. Pero, ¡voto al... al Averno!, me habéis dejado pasmado.

—¿Qué os ha pasmado más? ¿Mi descaro al atribuirme la jefatura de cincuenta mosqueteros inexistentes?

—No..., no comprendí por qué no me dejasteis liberar a Karmi.

—Escuchad, impetuoso romántico. Ella es la esposa del capitán Lezama, y yo debo obrar como si fuera él. Y él me habló frecuentemente de que nuestro principal enemigo es el romanticismo, y que debemos ser astutos. ¿Cuántos sumamos vos y yo? Dos; mejor dicho, uno y medio. ¿Cuántos suman ellos? Una treintena de gallardos puñaleros, más las fierecillas zíngaras...

—¡Habría sido tan bello! ¡Tan poético! Yo corto las ligaduras; la cojo en brazos, galopo en mi corcel, la llevo al capitán Lezama...

—Vuestro corcel galopa demasiado, Saint-Cyr. Si la hubieseis raptado, ahora seríamos dos montoncitos de carne picada que los osos paladearían con placer. Si para el maligno viejo somos dos mosqueteros entrometidos y galantes, seguiremos con vida. Si, en cambio, cometemos un rapto, nos echará encima a toda la jauría. Astucia, querido, astucia; nada de impulsos románticos...

* * *

El conde Zurad, al amanecer, miró sin amabilidad a Diego Lucientes y al joven mosquetero que ataban sus caballos al árbol más cercano al campamento, donde los zíngaros iban desmontando las tiendas.

—Buenas mañanas, anciano—saludó Lucientes,

—Me llamo conde Zurad.

—¡Ah, bien! Y yo soy el duque de Lucientes, y el caballero que me acompaña es el marqués de Saint-Cyr,

—Conde, tan sólo—rechazó el único legítimo aristócrata—. ¿Y cómo vos, siendo conde, toleráis tales costumbres en vuestra plebe? ¿De cuándo acá la mujer que nació para ser sepultada en flores, ha de ser...?

—Luego nos lo explicaréis, Saint-Cyr. No os irritéis; si os he quitado la palabra, es que me temo que el conde Zurad sea

insensible al encanto de la poesía. ¿Se marcha la tribu?

—Nos marchamos a tierra libre, donde no existan mosqueteros —dijo airadamente el zíngaro.

—Bien hecho—admitió Lucientes—. En Suiza hay muchas vacas para robar, pero hasta allí te vigilaré, noble anciano.

—Si quieres seguir con la caravana, ¿por qué no aceptas mi invitación? Yantar y bebida te doy, así como a tu compañero..., y en la frontera suiza os diré con placer, adiós, y hasta nunca. *

—¡Aceptado! — gritó Saint-Cyr. Y, enrojeciendo, añadió—: No me gusta espiar. Yendo con vosotros podré cuidar de que sea respetada la tersa piel satinada de Eva.

Y el joven mosquetero dirigióse a contemplar las evoluciones de un osezno. Diego Lucientes sonrió amablemente.

—A cualquier cosa le llama Eva el conde de Saint-Cyr.

—Tú eres español, duque Lucientes.

—Sí. Pero hace años y años que estoy afincado en Francia; desde que me dió generosa acogida la brillante corporación de los mosqueteros. ¿Qué tal está de su hombro tu pobre zíngaro, Gipsy?

—Le apliqué hierbas calmantes. Cesó la fiebre tras extraer la bala, y pronto estará en disposición de azotar libremente.

—Cierto. Lo estará cuando lleguemos a la frontera suiza. ¿Por qué sigue atada a una carreta esa larguirucha morena?

—Hablas de ella con desdén y es, sin embargo, la más bella de nuestras zíngaras. Es codiciada por todos los aristócratas “payos”; por ella enloquecen de amor. Por ella mueren los hombres.

—Hombre soy y no será ella la que me haga morir. Quizás porque desde que era adolescente se burló de mí una pérfida madrileña, y desde entonces nunca a mujer alguna he vuelto a querer. Sólo me gustan el vino, la canción y la espada.

—Un español como tú—y los ojos malignos de Zurad se entrecerraron cautelosamente — enloquece de amor por Karmi. Es un pirata...

—Gente detestable. ¿Dónde está ese pirata para que preso lo lleve al Rey?

—Huyó..., pero quizás vuelva... o mande espías.

—Avísame si ves alguno, que presto le pongo la zarpa encima—dijo Lucientes calurosamente, pero sentía un leve frío recorrerle la nuca.

—La caravana debe ponerse en marcha, duque Lucientes. Quedas libre de mezclarte en ella si tal te apetece.

—Adelante la caravana, conde Zurad. Hasta la frontera suiza me honraré en tu compañía.

Saint-Cyr fingía no ver a la desmadejada zíngara, que, postrada en el interior de una carreta descubierta, ocultaba el rostro entre el arco de sus brazos colgando atados del palo del carruaje.

Al pescante, Gipsy, con un hombro vendado hasta el cuello, agitaba coléricamente la fusta sobre el lomo de un cansino asno. En grupa del conde Zurad, una zíngara rubia, de negros ojos, arqueados los gordezuelos labios en mohín aplicado, escuchaba las instrucciones de su jefe.

—Sospecho de esos "payos" Irma. El manco pelirrojo tiene semblante de truhan astucioso, y es español. Por él nada sabrás. Dedica zalamerías al joven mosquetero; es poeta y romántico. Trata de saber por qué razón intervinieron a favor de Karmi. Fíngete amiga de Karmi. Eres la bella más inteligente de mi tribu. Cumple como tal.

Al anochecer, el conde Zurad señaló una planicie al borde de la carretera serpenteante. Empezaron a montarse las tiendas y las carretas formaron círculo.

Diego Lucientes no estaba con la caravana. Cinco leguas más abajo, oteaba impaciente los contornos. En su casaca, dos blancos pliegos sosteníanse entre los frunces de dos botones.

Al fin vió aproximarse a paso tardo un buhonero saboyano, cargado con su clásico hatillo de baratijas.

—Salve, buen hombre. ¿Cuál es vuestro camino?

—Hacia el centro, a renovar mercancías. Dios os guarde.

—Aguardad vos. ¿Queréis ganaros diez luises?

—Son las ganancias de un mes, noble caballero. ¿Qué he de hacer?

—Esas dos misivas llevarlas al castillo de Kerdal, en la aldea de Kerdal, camino de Burdeos. Ahí os darán veinte luises más, si a caballo llegáis y sólo un día empleáis en el viaje.

—Reventaré dos caballos para ese trayecto, noble señor. Y cada caballo me costará treinta luises.

—Sois cristiano. Si besáis el crucifijo que del pecho os cuelga y prometéis adquirir dos caballos, he aquí sesenta luises.

Besó el buhonero su crucifijo devotamente, y tomando la bolsa repleta de luises y las dos cartas partió a toda prisa hacia la vecina aldea.

* * *

Cuando Diego Lucientes llegó al campamento, buscó a su amigo Saint-Cyr. Le vió junto a una zíngara de rubios cabellos y negros ojos. Dirigíase hacia ellos, cuando el conde Zurad cortóle el paso tendiéndole un vaso de espumeante vino.

—Te buscaba por todas partes, duque Lucientes.

—Cumplí con mi obligación. De vez en cuando tengo que darle novedad a mis enlaces y recibir las novedades de los otros mosqueteros que la comarca vigilan.

—Brinda por la fiesta que va a empezar, duque Lucientes. En vuestro honor gemirán los violines y lucirán sus esculturas esbeltas las mejores bailarinas de la tribu.

—Que me place sobremanera tal festejo, conde Zurad. Pero no puedo beber. Estoy de servicio—dijo melancólicamente el discípulo de Baco—. Sin embargo, artista soy y asistiré complacido a la danza.

La música se enseñoreó del campamento. En lo alto de su carreta, Gipsy, torvamente contemplaba al que le había herido bromeaba y reía amablemente con el conde Zurad, mientras las llamas agigantaban las siluetas de las danzarinas.

Los traidores lamentos del violín y el cuadro de la naturaleza selvática como fondo a los bailes, infundió un extraño valor al conde de Saint-Cyr. Hasta entonces había ojeado con arrobo la figura de la gitana de rubios cabellos, que, ensimismada en sus románticas nostalgias, según pensaba el mosquetero, había estado todo el día cerca de él sin decirle una sola palabra.

Y la penumbra era cómplice... Carraspeando el joven mosquetero afianzó su voz:

—¿Cuál es vuestra gracia, linda zíngara de rubia cascada?

—Irma, mi señor. ¿Y vos?

La noche impedía ver que el cutis de Saint-Cyr era una amapola.

—René de Saint-Cyr. Mosquetero de la cuarta compañía volante del capitán Louis de La Tremouille, estandarte de Troyes.

Anotó mentalmente Irma el hecho geográfico de que la ciudad de Troyes pertenecía al departamento central y estaba muy alejada

de la Alta Saboya.

—Bella es la noche, señor de Saint-Cyr. Tenéis un nombre infinitamente poético. René, René…

La voz de la zíngara resecó la garganta del mosquetero.

—El vuestro es íntimamente más poético, Irma. Es como… como rumor de alas de ángel en cielo azul. ¿Os… os deleita la esencia sublime de la poesía?

—Lloro de no sé qué angustias cuando el trovador de la tribu habla de la luna en el monte. ¿Me permitís que os llame René?

—Soy todo vuestro—balbució apresuradamente Saint-Cyr que, mentalmente se decía que por fin había hallado su alma gemela.

—No es costumbre entre zíngaros hablarse de vos, René. Somos gente sencilla, sin doblez, y empleamos el trato llano.

—Hacedme ese honor, Irma. Siempre he soñado vivir la más epopéyica de las aventuras; cabalgar llevando en mi grupa soñante una dama… rubia—se atragantó—, en fin, una dama.

Irma ladeó la cabeza y sus negros ojazos miraron con tal languidez al inexperto y torpe mosquetero, que Saint-Cyr sintió que le ardía el rostro y sus manos quedaban frías.

—Yo no soy una dama, René. Nací zíngara… y tú noble.

—¡Abdico!—rugió Saint-Cyr, y. dominándose, añadió con más coherencia: —Cuando en dos… en dos espíritus late la poesía, no hay diferencias de nacimiento. Las holandesas que acariciaron tu piel de niña te… te acunaron bella, y yo… tengo un caballo. Compréndeme, Irma: es la emoción. Ven conmigo; la tierra es grande… yo soy rico.

—Me ofendéis, René.

—Perdón, perdón. No quise… La poesía embarga mi mente.

—¿Propones raptarme?

—¡Sí!

Ella asestó de nuevo otra mirada al mosquetero, que balando de gozo tartajeó:

—Consien… tes. Tus ojos dicen que consientes…

—Me subyuga tu fascinante dominio de la poesía, René. Pero no puedo montar la grupa de tu corcel. No puedo…—y trenzó los brazos en bien fingida desesperación.

—¿Quién lo impide? Lo mato.

—No es hombre alguno. Mi corazón esperaba dueño… y en ti lo

ha visto. Es que… ahí llora mi mejor amiga; la única por la cual sufro: Karmi. No podría partir dejándola a ella en cadenada a un triste destino.

—¿Karmi? —y, feliz, sonrió Saint-Cyr—. Si ella es la que te detiene, si por ella lloran los… los joyales de tus ojos, sonríe, mi bella flor perfumada. A la grupa de Diego Lucientes marchará Karmi cuando tú en la mía enlaces mi… cintura.

—Es falsedad, para hacerme concebir esperanzas.

—Un mosquetero nunca miente, Irma—dijo Saint-Cyr altivamente—. Hemos venido para salvar a Karmi de las… las garras de la esclavitud.

—Admiro tu bizarría, René. Y es ahora cuando rendida a tus encantos quedo. Pero… ¿no lo dices para producirme alegría? Karmi no es amada por tu compañero mosquetero.

—No, no. Quien la ama es un pirata español amigo de Lucientes. Y él ha venido a raptarla, porque Lezama no puede. Y yo… por la poesía de la aventura… vine y en la caricia de tus ojos…

Pero la frase del que creíase poeta quedó truncada no por emoción ni carencia de inspiración. Irma, con nerviosa fuerza, acababa de aplicar un potente golpe en la sien del joven mosquetero con un guijarro que había recogido del suelo y con el que fingía juguetear cohibida.

El gemido del mosquetero al caer desvanecido, hizo saltar en pie a Diego Lucientes.

Irma, corriendo y fingiendo recomponer su corpiño, arrojóse de rodillas ante el conde Zurad.

—¡Me ofendió, conde Zurad! Vertióme deshonestas palabras al oído…

—¿Propasarse Saint-Cyr?—inquirió perplejo Lucientes—. Serán los fulgores de las llamas, porque tímido parecióme el mozo.

Y dirigióse hacia el tendido mosquetero, cuya cabeza apoyó sobre sus rodillas, mientras que su única mano derramábale vino en la nuca.

—El manco es alma del pirata y vienen a raptar a Karmi—susurró rápidamente Irma.

El conde Zurad enderezóse triunfalmente. Hizo una señal.

Los zíngaros a una abatiéronse sobre el arrodillado Lucientes, que sin tiempo siquiera a desenvainar, vióse prontamente atado

contra un poste de carreta junto a las llamas.

A su lado, en otro poste, Saint-Cyr abrió los ojos...

—¿Dónde estoy? — murmuró bajo los efectos de la inconsciencia, y pugnando por recordar—. En mi grupa soñante, Irma... Tus ojos...

—Ahora comprendo el guijarrazo— sonrió irritado Lucientes—. ¿No os dije, amigo poetastro de pega, que el romanticismo era nuestro peor enemigo? ¿Sabéis qué parecemos? Vos a un tal Diego Lucientes, y yo al que siempre reprochaba a Diego Lucientes sus meteduras de remo.

—Algo me dió en la sien...—balbució confuso el mosquetero.

—Fué el amor, joven amigo, o mejor eso que vos llamáis poesía, y yo tildo de rebuznos. Esa poesía a destiempo os dió pedrada en el casco.., y hemos naufragado.

CAPITULO V

Dos cabezas muy tercas

Cuando monsieur Le Normand se hizo a un lado para dejar paso a Humbert de Ferblanc, éste, al salir, inclinó levemente la cabeza.

—Aunque tarde, admitís, monsieur, que debo andar delante de vos por méritos reconocidos. Lamento la ausencia del caballero Lezama; era la única mano de hombre que en esta sala había.

En el patio interior de ejecuciones, el verdugo, apoyadas las dos manos en el hacha, aguardaba. Su poderosa musculatura resaltaba bajo la apretada malla de su jubón rojo y sus calzas sangrientas.

La ejecución tenía por testigos a M. Le Normand, otro noble cortesano y los carceleros reunidos en apretada fila. Por expresa orden del Rey, quedó prohibida la asistencia como solían a otros cortesanos.

Y el segundo componente del tribunal procedió a leer la sentencia real.

“Nos, Luis XIV, Rey de Francia por voluntad de Dios, condenamos a muerte por decapitación al conde Humbert de Ferblanc. Si como servidor nuestro cumplió intachable y rectamente, y Nos honramos en declarar su íntegra labor, como a bandido tristemente famoso, apodado Fantasma Gris, cercenada sea su cabeza.”

Justiciero es mi Rey — sonrió Ferblanc—. Nunca comprenderá por qué pudiendo robar fácilmente en sus talegas, no lo hice, y preferí la sensación de recorrer los caminos como bandido. Monsieur le Normand, que la bilis no inunde vuestro hígado. Y, vos, señor Crecy, seguid mandando bandidos al patíbulo, que felizmente vuestra esposa nos venga. Bien, verdugo—y subió el conde las escaleras del patíbulo—. Si algún día, y que el cielo no lo quiera, tu

hacha ha de cercenar la cabeza de un pirata español llamado Carlos de Ferblanc, dile que yo sólo una pena llevé conmigo a tus dominios. La pena de no haberle podido abrazar. Y ahora, cumple tu triste oficio.

Arrodillado, el conde de Ferblanc aplicó la cabeza en el yunque. Oyóse una seca carcajada...

—Son muy tercas nuestras cabezas, Humbert de Ferblanc.

Creyeron los presentes en una postrer rebeldía del condenado a muerte, al verle erguirse y mirar a su alrededor con ojos extraviados.

—Alucinación... — murmuró Ferblanc, viendo sólo junto a él, la impasible figura del verdugo enmascarado.

—Si creéis que estas pistolas son también alucinación...—y el verdugo colocó en las manos de Ferblanc dos pistolas de doble cebo.

Todo transcurrió en escasos segundos. Humbert de Ferblanc púsose en pie, mientras el verdugo, soltando el hacha, extrajo de debajo de su jubón de flotantes pliegues, dos nuevas pistolas.

—¡Conspiración! — gritó Le Normand—. ¡A ellos!

Los carceleros a una avanzaron en masa; Ferblanc disparó dos veces. El verdugo le señaló la parte trasera del patíbulo...

—¡Corred hacia el portalón blanco!

Ambos, verdugo y condenado, saltaron desde la altura del patíbulo, y a la par corrieron hacia una pequeña poterna semiabierta, que tan pronto hubieron atravesado, cerró tras sí el verdugo, empotrando la viga de hierro que aseguraba la poterna.

Estaban en un pasadizo obscuro, de húmedas paredes y estrecha angostura.

—Apoyaos en mi hombro, señor Fantasma Gris. Tenemos que andar un buen trecho en tinieblas.

—¿Eres... tú?

—Tiempo tendremos de hablar, que a eso vine, señor de Ferblanc. Por el instante, sigamos hacia la luz. Es simbólica nuestra escapatoria; hemos estado cruzando tinieblas, y más tinieblas... Vamos ahora hacia la luz.

El suelo quebrose de pronto en recto pozo, por donde asomaban los remates de una escalerilla de hierro, de mohosos peldaños.

—Simbólicamente también hay que atravesar cloacas para llegar

al aire puro.

Al final del pozo vertical rumoreaban las aguas sucias, donde los dos huidos se hundieron hasta la cintura, avanzando en medio del fangoso torrente.

—¿Cómo conocías la existencia de ese pasadizo?

—Vuestro yerno, señor de Ferblanc, tiene grandes relaciones en la Corte. Y por una de ellas, que admitió soborno, conoció el plano de este dédalo. Lo estudié. Amarré al verdugo... y eso es todo.

La cloaca iba ensanchándose y pronto una luz difusa clareó a través de la primera enrejada...

—Con este ropaje llamaríamos la atención, señor de Ferblanc. De mi profesión pirata he obtenido una gran lección. Lo dificultoso no es escapar o atacar, sino lograr huir desapercibido. En aquel recoveco de la derecha, dos vestimentas esperan. Con ellas, nuestro paso será abierto y hasta saludado con respeto.

El verdugo quitóse la máscara y empezó a desnudarse sin mirar a Humbert de Ferblanc, el cual, conteniendo su emoción, le imitó.

Recogió el Pirata Negro del suelo dos envoltorios de gruesa tela pardusca. Y Carlos Lezama revistió un sayal de fraile, provisto de una gran capucha. Enlazó en su cintura el cordel de capuchino, del que quedó colgando un rosario.

—Esta noche nadie, ni los mismos frailes, saldrían por las puertas de París—explicó Lezama sin mirar a Ferblanc—. Aguardaremos a mañana. Ahora por distintos caminos, iremos a reunimos en un mismo sitio.

—¿No... pensarás en el palacete de Luynes?

—Lisa no debe llorar vuestra muerte. Será dichosa cuando sepa que os habéis escapado, pero si nos cogen no será en su hogar. Vos sois el fantasma Gris y yo un pirata. ¿Sabéis si la señora Esperanza Heredia sigue bordando primores en su tercer piso de la casa número 17 de la calle Huchette?

Estremecióse Ferblanc, pero su amplio ropaje impidió que quedara revelado su desconcierto.

—¿Por qué eliges este punto de reunión?

—Allí nadie nos buscará... y quiero volver a ver a la señora Esperanza. Tengo una promesa hecha. Abatid sobre los ojos vuestra capucha. Por más joven elijo el camino más largo; iré al sur. Hasta después, conde de Ferblanc.

* * *

Un fraile capuchino andaba a paso apresurado. Acababa de salir de la Embajada española. Instantes después, una carroza le adelantaba. Y un rostro femenino de cabellos blancos asomó por la ventanilla; el fraile denegó y la carroza siguió su marcha.

Por el barrio extremo meridional de París, otro fraile andaba más pausadamente. De vez en cuando deteníase ante los carteles en que se ofrecían recompensas por la captura de los bandidos apodados el Pirata Negro y el Fantasma Gris.

* * *

Esperanza Heredia, al hallarse de nuevo en el modesto cuarto donde fingió ser bordadora[3], vistió sus ropas limpias, pero de corte humilde.

Una profunda zozobra embargaba su ánimo. Hallábase ante una encrucijada; era la esposa del conde de Ferblanc, y el momento temido había llegado.

El Pirata Negro iba a descubrir su personalidad, y reconocía ella que su posición como madre era merecedora de las más acres repulsas. Cuando la alta silueta de un monje entró en la habitación, Esperanza Heredia sobresaltóse.

—Todavía no es “él”…—dijo Ferblanc abatiendo su capucha en la nuca—. Serénate, Esperanza.

—¿Por qué se acordó de mí en este trance, Humbert?

—Dijo tan sólo que tenía hecha una promesa.

—Habló de que…—y cerró ella los ojos evocando las palabras que un día pronunció Lezama: “Ved, mi bonita bordadora, yo no quiero que vuestros negros ojos se mustien y vuestros dedos de rosa se piquen, porque están hechos para reposar inactivos. Quiero, cuando vuelva a París, encontraros de nuevo y… en carroza iréis, porque tal es mi capricho: En carroza os pasearé y sólo para mí coseréis pañuelos.”

—Mi hijo no se merece dos egoístas de padres como tú y yo, Esperanza. Atiende un ruego; sigue siendo la bordadora que él conoció, hasta que le hayas oído contestar a mis preguntas.

Humbert de Ferblanc tocóse la nuca, distraído.

—Tiene razón mi hijo. Tenemos ambos dos cabezas muy tercas.

* * *

La discreta llamada de unos nudillos en la puerta, hizo palidecer hasta la lividez el blanco cutis terso de Esperanza Heredia. Levantóse y, conteniendo los latidos de su corazón fué a abrir.

Carlos Lezama abatió su capucha y avanzó hasta el centro de la habitación. Asió sonriente las dos manos de Esperanza Heredia.

—Dejadme besar las manecitas de la más linda y simpática de las bordadoras sevillanas. Si me lo permitís... porque es abusar de vuestra hospitalidad rellenar vuestro nido con dos pajarracos de bandidos.

Ella levantó las dos manos que entre las suyas mantenía el Pirata Negro y las aplicó contra los labios de su hijo.

—Hicisteis bien en venir, señor Carlos. A veces... os echaba muy de menos.

—Y yo, señora Esperanza. Pero, excusadme si os he impuesto la presencia de ese caballero. Era el conde de Ferblanc, ¿sabéis? Era el intachable y probo hombre de Estado..., pero ¡era también el Fantasma Gris! ¿Tenéis alguna queja de él como conde de Ferblanc?

—Si sus instantes tiene de bandido, yo sólo quiero recordar al caballeroso conde de Ferblanc. ¿Os persiguen, señor Carlos?

—Mi vida entera transcurre así, y ya me he habituado, mi linda bordadora. Y ahora, ¿me concedéis autorización para que asuntos íntimos trate con ese caballero? No, no os marchéis. Escuchad nuestra conversación. Tenéis buen temple y nada os sorprende. Además conocéis mucho de mi persona... y sois sevillana.

Con el ceño fruncido, sentóse el Pirata Negro al otro lado de la mesa, delante del Fantasma Gris. Humbert de Ferblanc, mortalmente pálido, cruzóse de brazos.

—Bien, señor conde de Ferblanc. Vos una carta escribisteis. La comentaremos por partes. ¿Cuáles son las razones por las que sabiendo que yo era... hijo vuestro, aunque ilegítimo, me dejasteis marchar sin abandonaros a esas expansiones propias de las, tragedias griegas en las que un padre arrepentido besuquea a su retoño?

—¡Por favor!—exclamó Esperanza Heredia temblorosa—. ¡No empleéis términos tan duros, señor Carlos! Me duele oíros...

—Exceso de sensibilidad, mi señora Esperanza, que os agradezco. Pero no temáis. El conde de Ferblanc es digno padre

mío. ¿No es el Fantasma Gris? Escuchad, señor de Ferblanc; si hubierais sido tan sólo el hombre recto e intachable, antes me hubiera yo quitado la vida que revelaros mi identidad. Y así lo hice. Pero, si vos erais tan bandido como yo, ¿por qué ocultasteis la única verdad indestructible que encadena a los seres humanos? ¿Por qué siendo quien el ser me dió, lo conservasteis secreto como si acción vergonzosa fuera llamarme "hijo"?

Humbert de Ferblanc examinó despaciosamente los rasgos contraídos de Carlos Lezama.

—Entonces... había dos razones. Despréciame porque no soy digno de otra cosa. La primera razón era Lisa... Se casaba con un noble; nunca tú...

—Lo sé. Nunca yo podía consentir, y no lo consentiría, que alguien pudiera decir que el Pirata Negro era cuñado del vizconde de Luynes. Pero esa razón yo mismo la admito, y por ella no puedo despreciaros. Dadme vuestra segunda razón.

—Creído en que simulada la muerte del Fantasma Gris, ya no me perseguiría la sombra de esa aventura, quise llegar a la cima de mi carrera política. Pensando en Lisa... Ambición malvada, pero ese no es el peor de mis delitos, hijo mío.

—No repitáis ese calificativo, señor de Ferblanc. Os hablé un día de un cachorro de fiera abandonado en la selva. Crece solo, lucha como fiera... ¡y no quiere padres! Pero... hay un nombre que hasta la misma fiera en cuya piel los zarpazos han creado surcos de dureza, no puede pronunciar sin temor. ¿Por qué creísteis que a salvaros vine del patíbulo?

—Por ella..., por saber de tu madre.

—Así es... Por ella. Porque aprended una verdad, señor de Ferblanc: una madre, si ante su hijo se ve, sea quien sea ella, le llama hijo con grito que de sus entrañas nace. La señora Esperanza me dijo que tiempo ha que perdió a su hijo. ¡Que nos diga ella si puede comprender vuestra conducta! Mirad a ese noble caballero, señora Esperanza; porque su hijo era pirata, no preguntó por qué era pirata, sino que repudió darle el nombre de hijo. Pero, tregua a la tragedia. Hablad, señor de Ferblanc; decidme dónde está mi madre, quién es y por qué nunca hizo por conocerme...

—La señora Esperanza Heredia conoció a tu madre, Carlos. Ella sabe su tortura; ella la oyó hablar de ti. Ella conoce nuestra historia;

la de mis amores... Escúchala...

Volvió el rostro impetuosamente el Pirata Negro, mirando con fijeza a la que creía bordadora.

—¿Por qué antes no me dijisteis que a ella la conocisteis, señora Esperanza? ¿Tan inconfesable es el nombre de mi madre?

Monótonamente, como quien recita una plegaria, empezó a hablar Esperanza Heredia, repitiendo sus evocaciones ante Ferblanc:

—Hace más de treinta y dos años, llegó a Sevilla un apuesto mozo. Hablaba un español gracioso y las risas de una sevillana levantaban vuelos de paloma en su azotea, cuando el francés murmuraba madrigales en su reja. Los padres de la sevillana le veían con recelo; era conde de Ferblanc..., pero tenía alma de aventurero. Bebía, jugaba y a todas las sonrisas femeninas contestaba. Quizás fué esto lo que enamoró a la sevillana.

—¿Cómo se llamaba ella?—bisbiseó el Pirata Negro, que mantenía su cabeza reclinada y oculto el rostro entre los dos brazos cruzados sobre la mesa.

—Era una mocita feliz, era una novia... Hay en Sevilla un Cristo que calma las lágrimas y oye las quejas. El Cristo del Gran Poder. Ahí iba la novia todas las mañanas al romper el alba, y el conde de Ferblanc a la misma hora regresaba de sus nocturnas orgías. Ella rezaba por el condesito apuesto y dicharachero que pedía claveles y mentía amores. Y una mañana en que el azahar embalsamaba su reja, él la propuso huir. Estaba seguro de que ella le amaba; sabía que sus padres no le aceptarían porque orgullo tenían para darla como esposa a un noble francés sin más fortuna que su espada. Un noble francés de pocos años, alocado y aventurero que huyó del hogar paterno. Ella le amaba, limpiamente. Admitió seguiros donde fuera, si vuestra esposa, era.

Detúvose Esperanza Heredia, por cuyos ojos las lágrimas resbalaban. Engarfiada su diestra en el corazón, prosiguió:

—Los luceros titilaban en la bella noche sevillana, cuando arrodillada ella pidió perdón a los que dormían confiados: sus padres. Pero confiaba que algún día la perdonarían, porque si a casarse iba oculta y secretamente, algún día volvería a la luz del día orgullosa y madre. Era una lejana capilla, allá en el campo de Utrera. Un cura balbuciente y encapuchado les casó. Ella besó sus manos y el conde sonreía tan amorosamente que de aquella noche

la sevillana sólo recordó la gallarda figura de un mocito apuesto que en mala hora a su reja pidió amores y claveles.

El Pirata Negro seguía sin mostrar su rostro... Humbert de Ferblanc mantenía sus ojos puestos en el negro cabello del que iba oyendo la historia de su nacimiento...

—El sol era entonces oro puro para los ojos cándidos de la enamorada. El conde habló de las Américas, donde la fortuna se entregaba a los audaces, y la audacia le sobraba. Mar, mucho mar durante eternos días, y una aldeíta panameña donde la sevillana vivió feliz. Tenía un hijo... un hijo que no lloraba, un hijo que demostraba un genio tempestuoso. Sonreían los padres viéndole patalear vigorosamente, y una noche ella fué a buscar a su marido, porque tardaba en regresar. Estaba con François, su alma del diablo. Y François bebía; François hablaba... Hablaba del campo de Utrera; hablaba de la capilla donde un cura quedó atado... Reía diciendo que por vez primera no había desempeñado mal el papel de cura casamentero... El conde le atajaba. Aquella evocación no le gustaba. Cuando salió, tropezó con el cuerpo desvanecido de la sevillana, que, delirante, había oído la relación de la infamia con ella cometida...

Humbert de Ferblanc extrajo de su ropaje parduzco una pistola; empuñándola por el cañón, la tendió a Carlos Lezama.

—Es tu obligación, Carlos...—murmuró.

El Pirata Negro amartilló la pistola, y su índice se agarrotó. Con salvaje grito, Esperanza Heredia apartó violentamente la mano del que iba a disparar contra su padre.

—¡No! ¡Si ella no le mató, si ella perdonó, vos debéis perdonar!

Y temblando, con todos los miembros sacudidas por escalofríos, Esperanza Heredia quitó de manos de su hijo la pistola. El Pirata Negro la miró con cierta dureza.

—¿Vos fuisteis amiga de mi madre, señora Esperanza? ¿Por qué entonces defendéis a ese hombre?

—Porque tuvo más culpa ella—afirmó valientemente la sevillana.

El Pirata Negro crispó los puños; levantóse... y volvió a caer sentado, hundiendo de nuevo el rostro entre los brazos.

—Seguid hablando, señora Esperanza.

—Por espacio de mucho tiempo, ella deliró. Y al sanar no quiso

volver a ver a su burlador. Temía matarle..., temía seguir con él, fingiendo ignorar la sacrílega burla. Huyó, sufrió... y de nuevo mar, mucho mar, pero a solas con su pena. La más monstruosa de las aberraciones alentaba en el alma de la sevillana, enloquecida de amor; odiaba al hijo de sus entrañas, porque era su deshonra...

—No la acuséis, señora—intervino de pronto Ferblanc—. Relatad simplemente los hechos y dejad bien a las claras mi acción de canalla que ella, por madre y por sevillana, obró como debía obrar.

—Los padres de ella habían envejecido mucho cuando ante ellos se arrodilló. Fueron compasivos y la sevillana entró en un convento de la Serranía cordobesa. Años más tarde, supo que un conde francés había venido de nuevo a Sevilla para buscarla. Quería reparar su falta, quería casarse con ella. Sus padres limitáronse a decirle que ella había muerto. No mentían, porque ella había muerto, ya que vivir como vivía desde que huyó de París era peor que la misma muerte, que reposo es. Más tarde fué el dolor menguando; regresó a Sevilla. Pagó emisarios para que a Panamá fueran en busca de un muchacho de vivo genio... Un emisario murió de fiebres; otro volvió muchos años después. Había encontrado la pista del que profesor de esgrima era y en pirata habíase convertido. El hijo de una sevillana aristócrata y un conde francés era el Pirata Negro. Esa es la historia de cómo al mundo vinisteis, señor Carlos.



—No la acuséis, señora...

—¿Y ella... dónde está?

La pregunta del Pirata Negro fué casi inaudible.

—¿Recordáis la tercera enmascarada, la que vos no llegasteis a conocer? Era vuestra madre.

Irguióse el Pirata Negro. Sus ojos brillaban intensamente.

—¡No puedo creerlo! ¿Jugó conmigo?..

—No... Quiso conocer cómo erais; supo que erais un caballeroso pirata. Yo era su confidente... Ha muerto, señor Carlos. Murió en

mis brazos.

—¿Por qué me dejó seguir mi camino en tinieblas? ¿Por qué no puso luz en mi extraviada vida sin rumbo?

—Recogí sus últimas confidencias. Dijo que viéndoos, vería al conde de Ferblanc cuando claveles le pedía en la reja sevillana. Y en vos veía de nuevo a su burlador, al culpable de su vida destrozada. Porque vos, como vuestro padre, tenéis el fácil ademán de galanteador. Por un beso os jugáis la vida; por una palabra matáis a un hombre. Y ella no quería sufrir lo que por Ferblanc sufrió. Tener que esperar todas las noches a que amaneciera sin saber si al alborear traerán un cadáver... y luego veros aparecer sonriente. Angustias..., angustias. No quería sufrir más. Se cercioró de que nunca vos podríais darle el reposo sereno que una madre quiere... porque sois como vuestro padre.

—¡Señor Dios, perdonadme!—y el Pirata Negro miró hacia lo alto—. Ella murió, y que desde el cielo mi vida proteja... ya que en la tierra no quiso hacerlo. Pero si me oyes, madre—y el Pirata Negro arrodillóse— perdón te pido por lo que a decir voy.!Y vos, como confidente que de ella fuisteis, señora Esperanza, idle a su tumba a llevarle mis palabras Si a mi padre me parezco... a mucha honra lo tengo, porque es hombre y canallada cometió, pero quiso repararla.

Y santos no somos..., pero ella ¡por madre tuvo que intentar rescatarme del infierno que a instantes mi vida es!

Humbert de Ferblanc levantóse; vacilando adelantó unos pasos y su diestra tanteó el aire hasta encontrar la diestra de su hijo. En silencio quedaron ambas manos estrechamente enlazadas.

—Ya que el destino decretó que sin madre he de vivir, al menos, contigo viviré. Abrazo no te doy..., pero el tiempo pondrá bálsamo en mi decepción, Humbert de Ferblanc. Y algún día quizás..., quizás pueda abrazarte.

Y vos, señora Esperanza, no me juzguéis duro de corazón, si no lloro por ella... porque nunca la conocí.

—Ella... se casó antes de morir con Humbert de Ferblanc. Sois, pues, conde Carlos de Ferblanc.

—No, os aseguro que no. Soy el Pirata Negro, y me llamo Carlos Lezama, y como a tal a cumplir mi promesa vengo, señora Esperanza. Vivís sola, trabajáis día y noche... Cosed sólo para mí,

¿queréis? Si supiera que en lugar por mí conocido y que no fuera en París, vos vivíais reposada y feliz, una lucecita brillaría en mis tinieblas. ¿Aceptáis, mi 1inda bordadora? ¡Aceptad porque fuisteis de mi madre la amiga!... Y de ella me hablaréis; me diréis cómo era. Y yo, al oíros, cerraré los ojos, y al pirata olvidaré. ¿Queréis? Os lo suplico.

Ella asintió y en su rostro había una nueva expresión de animoso aliento esperanzado.

—Gracias, señora. En Kerdal hay un castillo, y allí he de dirigirme. Si supiera que en él os he encontrar, sería para mí grata perspectiva.

—Iré—replicó firmemente Esperanza Heredia—. Pero ¿y vos? ¿Cómo saldréis de París? Yo puedo ayudaros... Tengo amistades en la Embajada española... Podrían facilitarme carroza con privilegios diplomáticos...

—Excelente—sonrió el Pirata Negro, aunque con leve tristeza—Pero no quiero ampararme en privilegios da realeza alguna, cuando de mi pellejo se trata. Ahora bien, necesitáis escolta hasta Kerdal. Nadie mejor que Humbert de Ferblanc, ¿no es cierto?

—Yo voy contigo, Carlos. ¿Juntos no vamos a desafiar la vida?

—Más tarde, señor. Déjame ahora acostumbrarme a la idea de que tú has de ser quien a mi lado me impida dar un mal paso... porque de ti exigiré la rectitud y la integridad del que supo ser el mejor de los secretarios del Rey. Murió el Fantasma Gris. Escoltarás a la señora Esperanza... Y ahora, alborea la madrugada poniendo grises en los tejados. En Kerdal nos veremos. Hasta la vista.

Asió el Pirata Negro las manos de Esperanza Heredia y las besó. Miró sonriendo a Humbert de Ferblanc...

—Has envejecido, conde. Hora es como te predije que con nietos juegues. Y nietos te reservo...

La puerta se cerró y a solas quedaron ella y Ferblanc. Lentamente, Esperanza Heredia avanzó hacia él.

—Te ha perdonado, Humbert. Intentaré que me perdone.

* * *

Un monje capuchino tocó reciamente con los nudillos en el portalón de la entrada a la casa donde residían los componentes de la servidumbre del castillo de Kerdal.

Abrió un lacayo, que se inclinó respetuosamente ante la alta

figura encapuchada.

—Pasad, hermano. Nos disponíamos a cenar. ¿Vais peregrinando?

—Peregrino soy, hermano. Pero también llevó mensaje verbal para el señor Diego Lucientes.

—Ausente está el señor. Y de luto está Kerdal, desde que la condesa, a la muerte de su esposo el capitán mosquetero Jarnac de Lesperruy, ingresó en el convento.

Entró Carlos Lezama, con la capucha caída sobre los ojos, hasta el comedor, donde todos al verle se levantaron.

—Seguid sentados, hermanos. Observo en vuestros semblantes cierta tristeza. Si la condesa en convento ingresó, no debéis apenaros. Es homenaje a la memoria de su esposo.

—Es que una nueva desgracia se ha abatido sobre el castillo. Ayer noche murió la esposa del señor Diego Lucientes.

El monje avanzó el busto en brusca impetuosidad. Dominándose, siguió hablando con voz fingida de ronca entonación.

—Triste suceso. ¿No era ella dama parisina llamada Gabrielle de Civry?

—Sí. Murió al dar a luz—y el lacayo que hablaba señaló una cuna donde un paquete de ropa blanca agitábase dejando oír de vez en cuando un leve vagido—. Y esperamos el regreso del señor... que esta mañana dos cartas remitió. Una para su esposa y otra para el hidalgo español don Carlos Lezama.

—El español Lezama me honra con su amistad. Puedo si queréis, entregarle vuestra carta. Tengo que seguir mi camino y lo encontraré. Dadme sólo un pedazo de pan, queso y beberé un vaso de vino.

Un cuarto de hora después, Carlos Lezama leía el mensaje de Diego Lucientes.

“En la ruta de la Alta Saboya a la frontera suiza.

”Capitán Lezama: La caravana del conde Zurad se encamina hacia la frontera suiza. Nada le pasará a Karmi hasta entonces, porque con la ayuda del mosquetero Saint-Cyr vigilo todo lo que el conde Zurad hace. Pero en la frontera tendré que actuar. Si algo me ocurre, al menos la ruta ya conoces. Pero prefiero volver a Kerdal con tu esposa y lograr que Gabrielle comprenda que si la abandoné fué con motivo razonable. Hasta Kerdal, capitán Lezama.”

CAPITULO VI

Liam Montbar

Fué al día siguiente de la partida del monje, cuando en el jardín del castillo de Kerdal entró un jinete de bella prestancia, de recia y nervuda musculatura.

Los rasgos de su fisonomía eran correctos y aun hubieran podido parecer agradables si en aquel momento no los cruzara un rictus de ferocidad y de violencia grabado en quién sabe qué monstruosos pensamientos.

Poseía unos extraños ojos verdes, tachonados de toques violetas. Apeóse, rectificando las puntas de su cuello de encajes, triangular, que resaltaba en la verde tela de su elegante jubón. La empuñadura de su espada destellaba en diamantes.

Damián, el mayordomo, adelantóse presuroso hacia el recién llegado, que aguardaba junto al caballo.

—Hola, buen hombre. He tenido noticias en la aldea de graves acontecimientos. Y como amigo que fui del difunto señor de Lesperruy, venía a presentar mis condolencias a la señora condesa.

—Si el caballero se digna pasar al salón. Nadie hay en el castillo y un servidor...

—Estoy algo fatigado de mi viaje— y sonriendo agradablemente, Liam Montbar siguió al mayordomo hacia el salón—. Me dijeron en la aldea que el señor Lucientes residía en el castillo, aunque ahora estaba ausente, así como su amigo, el hidalgo español Lezama.

Y como en aquel mismo instante Liam Montbar se inclinaba para sentarse, no pudo Damián ver la siniestra expresión de sus ojos, al citar el irlandés el nombre del ser que más odiaba en el mundo[4].

—La señora condesa inconsolable fué a encerrar su viudedad en el convento—explicó Damián—. Toda la servidumbre lamentó

mucho tan luctuosos sucesos, y ahora, señor, tan sólo yo y dos lacayos hemos quedado en el castillo. Yo soy Damián, para servir al señor.

—Cuéntame, ya que tan amable eres, qué sucedió después de la llegada del fúnebre cortejo que traía al caballero Lesperruy.

—Llegó en vida, aunque agonizante, y el hidalgo español, en brazos, lo llevó hasta su alcoba. Después marchóse el hidalgo, y quedóse el señor Lucientes en compañía de su esposa. Varias noches después oímos un grito penetrante, desgarrador, y vimos desaparecer galopando a los señores Lucientes y el hidalgo. El grito lo había lanzado la señora Gabrielle de Civry, a la cual hallamos tendida en el suelo, sin sentido.

—Tu relato me horroriza, mi buen Damián. Crispa mis sensibles nervios, pero, por favor, no me escatimes el resto, aunque doloroso me sea. Sigue contando.

—La señora de Civry quedó sumida en la inconsciencia de un hondo pesar, y tuvimos que llamar al médico. Nació una niña, que al emitir su primer vagido hizo olvidar el postrer gemido de la señora, que moría poco después de haberla dado a luz.

—Siento que las lágrimas se agolpan en mis ojos, Damián, ante la vigorosa realidad con que describes los hechos. Sigue.

—La niña era sietemesina. Un trocito de carne palpitante y llorosa. Todos los días viene a amamantarla una buena mujer de la aldea, y, en recuerdo a la madre, el señor cura la ha bautizado Gabrielle. Dice el señor cura que el marido es un alocado caballero de espíritu amante de la aventura y que triste será el destino de la niña Gabrielle, sin madre.

—Amigo soy del caballero Lucientes, y si él faltara, sería con gran placer que yo serviría de padre a la pobre sietemesina abandonada. Pero confío en que el caballero Lucientes pronto regresará.

—Es esperado de un día a otro, porque dejó dicho al mesonero de la aldea que se ausentaba por corto tiempo.

—¿Y mi especial y dilecto amigo de mi corazón, el caballero español don Carlos Lezama? ¿Sabes cuándo ha de regresar?

—Es de suponer que con el señor Lucientes. Y si los dos caballeros son amigos del señor, yo creo..., permítame decirle...

—Habla sin temor, mi buen Damián. La mejor sorpresa que ellos

podrán llevarse es verme esperándoles.

—Eso era lo que al señor quería proponer. Agradará al señor Lucientes, y vos podréis consolarle de su pérdida irreparable.

—Acertaste, Damián. Aguardaré unos días; tráeme ahora recado para escribir. Varias plumas bien cortadas y buena tinta espesa.

Liam Montbar, instalado en el confortable sillón junto a la gran mesa del despacho, recreóse escribiendo con lentitud:

“Están siempre presentes en mi mente las figuras de tres espadachines que un día llegaron a Villefranche. Por el solo hecho de ser amigos tuyos, es la razón por la que me son odiosos. Naturalmente que no existe punto de comparación en el odio que a ti te profeso. Jarnac de Lesperruy recibió muerte a mis manos. Uno.

”Tú hundiste mi flota en Villefranche y después eliminaste a los “Mendigos del Mar”. Tuve que huir, y supe hacer saltar mi caballo, que como buen bruto obedeció a mi puñal. Fué su corpachón el qué recibió el impacto mortal del agua, y me resguardó. Nadando alcancé playa lejana. He ido recogiendo aquí y allá, matando, varios centenares de luises.

"Era un corsario rico y respetado. Has vuelto a convertirme en un vagabundo..., Lezama. Sólo escribir tu nombre me hace rechinar los dientes. Todo mi afán ha sido encontrar tu pista, y ahora aguardo la llegada de tu amigo el manco pelirrojo. Morirá. Dos.

"Pero quedas tú. Y no ha sido inventada aún la muerte que a tu jactancia bravucona y a tu insolencia inaudita corresponde. Volverás al mar. Yo, también. Partiré a las Américas; reharé mi fortuna, pero sólo una idea llevo. Mandar en bergantín que al tuyo aniquile, y cuando en mi poder estés, aprenderás a gemir, aprenderás a llorar, aprenderás a sufrir.

"Mientras aguardo tan dichosos días, pláceme disfrutar de un lujoso bienestar al amparo de los que me persiguen en este castillo de Kerdal. Esta noche dejaré sin servidumbre el castillo; me molesta que tengan tanto cariño a tus amigos, Lezama...”

Dobló Liam Montbar la hoja en que había escrito, tras espolvorearla meticulosamente con ceniza. Soplóse las manos, y cruzó satisfecho las piernas...

Almorzó y cenó en la mesa del despacho. Y Damián, al acostarse, quedaba convencido que aquel caballero de extraños ojos sonrientes debía ser un letrado, siempre absorto en sus

meditaciones.

A la medianoche, una sombra deslizábase en la casa donde dormían Damián y los dos lacayos. Por tres veces y en distintas alcobas un brazo se levantó.

Los apuñalados criados uno tras otro fueron enterrados en el jardín del castillo por el propio Liam Montbar..., que se detuvo poco después junto a la cuna donde, puñitos cerrados, una criatura dormía profundamente.

La diestra del irlandés acarició la mejilla de la niña sietemesina.

—Pronto quedarás huérfana del todo, Gabrielle. Pero me cuidaré de ti. Te depositaré en un asilo.

* * *

La aldeana que servía de nodriza a la niña repiqueteó repetidamente en la puerta de la servidumbre. Retrocedió algo extrañada, cuando ante ella vió la figura de un hombre alto y hercúleo en mangas de camisa.

—Soy Dondon, la granjera que cuida de la pequeñita. Buenos días.

—Buenos días, Dondon. Ya me habló Damián de ti. Yo soy Liam; irlandés por nacimiento, francés por madre. Me mandó el señor Lucientes para que advirtiera a Damián y a los dos lacayos de que fueran a atender su casa de París. Sólo yo me ocupo ahora de guardar el castillo y acunar a la niña.

—Muy finos modales tienes—sonrió la gruesa campesina.

—Criado soy por azar, hermosa. Atiende a la niñita. Llora desconsolada, y me crispa los nervios, que tengo muy sensibles.

Cuando Dondon cerró de nuevo su corpiño, al salir de la casa, explicó:

—Volveré a media tarde. Hasta entonces la niña dormirá. ¿Volverá pronto el señor Lucientes?

—Lo espero con ansia, hermosa. Pero las sopas calientes queman; no hay que impacientarse. Los platos gustosos hay que comerlos fríos.

Dondon marchóse agitando la cabeza. Aquellos criados de París estaban siempre algo chiflados...

Anochecía, cuando una carroza se detuvo ante la escalinata de palacio. De ella se apearon Humbert de Ferblanc y Esperanza Heredia.

Un criado de ojos verdes y prestancia arrogante les condujo al salón, y atendió respetuosamente a las preguntas de Humbert de Ferblanc, repitiendo las explicaciones que él mismo había recibido de Damián.

—Si los señores algo desean, aquella campanilla me advertirá.

Al quedar solos, Esperanza Heredia estremecióse visiblemente.

—Tristes sucesos — comentó Ferblanc.

—Ese hombre... me da miedo, Ferblanc—dijo ella en voz baja.

—¿Quién? — preguntó, extrañado, Ferblanc—. ¿El lacayo?

—Tiene en los ojos maldad inhumana...

—¡Bah! Es el cansancio del viaje, querida. La noche; el relato algo truculento, las emociones que te causaron las palabras de tu hijo Carlos en París. Ahora dormirás, y mañana, al despertar, piensa sólo que cuando Carlos Lezama vuelva a tu lado, habrá felicidad para nosotros, que orgullosos podremos olvidar el pasado y ser los que Carlos llama "luz en sus tinieblas". Celebro que al final hayas dado valor a mis palabras cuando te afirmo que hora es que reveles tu personalidad de madre. ¿No me perdonó a mí? La generosidad de su corazón no tiene igual..., y, lejos de esta tierra, reanudaremos nueva vida.

Levantóse Ferblanc y galantemente besó la mano de la sevillana.

—Y yo quiero, al desearte buenas noches, Esperanza, que algún día me permitas ser de nuevo tu rendido esclavo.

La acompañó a una alcoba, precedidos por el lacayo de los ojos verdes. Y Humbert de Ferblanc entró en la habitación vecina.

—Buenas noches, señor — despidióse Liam Montbar.

—Buenas noches—replicó distraído Ferblanc.

Pensaba que el porvenir esfumaría las sombras trágicas de tres existencias... Y se durmió sosegado, con sonrisa tranquila, sin ironía ni amargura...

Liam Montbar volvió a sentarse en el confortable sillón del despacho. Esmeradamente alisó la hoja en la que por la mañana había escrito:

"Mi estrella me ha favorecido, Carlos Lezama. Ya no tengo por qué aguardarte, exponiéndome a ser preso por fuerzas del Rey. El mar es ancho, y por todas partes me buscarás. Y cuando las olas se desploman abiertas por el casco de tu velero lanzado en mi persecución, oirás en su susurro ecos de mi carcajada. Pago a tu carcajada burlona... Voy a

matar a tu madre, Carlos Lezama.

"Ha sido una feliz idea que se me ha ocurrido en estos instantes, tras escuchar en mi papel de concienzudo lacayo las frases que un tal Humbert ha pronunciado, celebrando que a tu regreso, ella, llamada Esperanza, te descubra su verdadera identidad. Yo me complazco en revelártelo, Carlos Lezama. Esperanza es tu "luz en las tinieblas", y voy a apagarla... para que para siempre jamás las tinieblas te rodeen.

"He tenido que detenerme porque la risa muda puso lágrimas en mis ojos. Soy muy sensible, Carlos Lezama. No esperaré tampoco al manco pelirrojo. Me llevaré a su sietemesina. Pienso llamarla "Satanela", y convertirla, si vive, en una arpía, en un engendro de insania y maldad. Creo que tendré éxito.

"Mi vida tiene ya sólo una finalidad. Burlarme de ti por más que me persigas. Y cada vez que oiga una carcajada parecida a la tuya, mataré al que así se ría pero seré yo quien más me ría. Porque nunca más reirás, Carlos Lezama.

"Perdona si me despido de ti. Tengo que ir a matar a tu madre. También quitaré de en medio al tal Humbert... Se parece mucho a ti. Es bella, Esperanza; tiene nombre de anhelo íntimo. Cuando ella arañe las sábanas en los estertores de la agonía, me figuraré que araño tu alma.

"¿Dónde está tu carcajada, Carlos Lezama?

"Liam Montbar."

Una sombra silenciosa deslizóse por el pasillo que conducía a las alcoba. Destellaba en su diestra un acero, y unos ojos verdes tachonados de violeta sonreían anchos, luminosos, fosforescentes...



Dondon repiqueteó impaciente. Nadie replicaba. Se dirigió al castillo dispuesta a cantarle las verdades al lacayo de París, que se creía que, por ser guapo y arrogante, podía permitirse hacer esperar a la pobre criaturilla...

Recorrió los salones llamando inútilmente...

Subió al piso alto, abriendo puerta tras puerta... Prorrumpió en un grito horrorizado cuando en una alcoba vió tendido sobre el lecho el cuerpo de un hombre, de cuyo ancho pecho la sangre había manado, empapando las sábanas...

—¡Liam!—gritó, creyendo era el lacayo de extraños ojos verdes.

Al aproximarse vió que se trataba de un desconocido...

Corrió aceleradamente hasta la humilde casita del cura de la

aldea.

—¡Padre! ¡Padre! Hay un moribundo malherido en el castillo…

El padre Jean Dupont cerró los párpados de Humbert de Ferblanc.

—Ese caballero lleva horas muerto, mi buena Dondon. ¿No dijiste que había un lacayo nuevo? ¿Dónde está?

—La niña ha desaparecido…—y, sollozando histéricamente, la aldeana señaló la alcoba vecina—. Entré… para ver si hallaba a la pobrecilla… y hay allí una muerta…

Esperanza Heredia parecía dormir. Alguien había cruzado piadosamente sus manos sobre su pecho, y entre los dedos la muerta mantenía un pergamino sellado cuidadosamente.

Inclinándose, el padre Jean Dupont leyó escrito, con letra afiligranada y esmerada:

“A Diego Lucientes o a Carlos Lezama.”

El padre Jean Dupont colocó a las cuatro esquinas del lecho sendos velones. Arrodillóse y rezó la oración de difuntos…

CAPITULO VII

A sangre y fuego...

Diego Lucientes señaló con movimiento del mentón al conde Zurad que se aproximaba.

—Atisbad, señor de Saint-Cyr. Oiréis ahora lecciones provechosas de la clase de poesía que los zíngaros se gastan. Tomad nota, y luego le daréis clases a don Satanás cuando os reciba a horquillazos.

El conde Zurad, agigantada su figura por las llamas serpenteantes, se detuvo ante los dos postes. Azotaba sus botas con el corto látigo de rica empuñadura de oro.

—¿Con que tú eras el jefe de los mosqueteros, no, pirata?

—Fué una chanza, simpático Zurad. Pero me creo que tú no posees temple amante de las bromas. Eres como un catedrático que yo tuve; el dómine Ríos que...

—Estás hablando y hay miedo en tus ojos—dijo Zurad malignamente.

—¿Quién lo niega? ¿Yo? Hablo para atemorizar al pánico, pero no lo consigo. Atiende, Zurad; el amigo que ahí se debate inútilmente entre sus amarras es mosquetero. Si daño sufre, tu tribu será exterminada por los demás mosqueteros.

—Cuídate de ti mismo, pirata manco. Te doy a escoger entre la muerte a sangre o a fuego. Gipsy será tu ejecutor.

—A sangre y fuego...—meditó Diego Lucientes en voz alta—. ¿No te daría igual a leche y pan? Consiento que sea Gipsy el que me administre tal tortura. Un sorbo de leche y un mendrugo de pan. No pido más.

—Tus jocosidades no tienen la menor gracia, "payo".

—¡Tregua de palabras! — bramó Saint-Cyr—. Indignidad! Serás

azotado, anciano, por atreverte a posar tus manos en un mosquetero.

—Recita poesías, amigo — intervino Lucientes, y, conciliador, le guiñó un ojo al zíngaro—. No hagas caso; está algo alborotado. No comprende que tú vas a arrepentirte y nos soltarás.

—¡Contesta, manco pelirrojo! ¿Vienes mandado por el pirata español que pretendió de amores a Karmi?

—¿Pirata español, amores, Karmi? Desvarías, noble anciano. No sé de qué estás hablando. Te repito que quise jugarte una chanza...

—¡Estúpido! — exclamó Zurad, y, volviéndose hacia su tribu, gritó—: ¡Levantad el campo! ¡A marchas forzadas a la frontera!

Una actividad repentina invadió e1 campamento... Gipsy acercóse y se colocó junto a Zurad.

—¿Los mato, conde Zurad?—inquirió torvamente.

—¡No le hagas caso!—gritó Lucientes—. Si le escuchas, será tu perdición... y la mía.

—Iréis presos hasta la frontera. Allí podremos matarte con tranquilidad y sin peligro.

—Acepto... si es sin peligro para mí. Dame un trago, ¿quieres, anciano? Yo no te lo negaría si las tornas fueran a la inversa.

El conde Zurad volvió despectivamente la espalda, y Gipsy se encaró con Diego Lucientes. Agitó el látigo.

—Si no callas, charlatán cobarde, te tundirá a correazos.

—No confundas nunca la verborrea panicuda con la gelatina temblorosa, mequetrefe—sonrió Lucientes—. Para cobardes de tu laya, mi miedo es el colmo de la valentía. Tunde, si quieres, que algún día te tundirán...

El latigazo cortó los labios de Diego Lucientes... Saint-Cyr gritó, encorajinado:

—¡Vil canalla! ¡Pégame a mí, si osas!

Gipsy asestó dos latigazos seguidos al mosquetero. Diego Lucientes, escupiendo sangre, agitó la cabeza:

—Eres un caso, Saint-Cyr. Abres la boca, y golpe que se pierde, a ti te alcanza. Te aconsejo que guardes tus labios cerrados y así nadie se dará cuenta de lo asno que eres.

El conde Zurad llamó con sequedad al zíngaro, que disponíase a azotar furiosamente y por alternado a los dos prisioneros.

—¡Gipsy!... ¡A tu carreta! En la frontera tendrás tiempo:..

—¿Por qué no iremos al remoto país del Cipango? — dijo Lucientes, pero se ensereció repentinamente—. Lo siento, capitán Lezama. Siempre fui un mal estudiante...

* * *

En una hostería de la frontera franco-suiza, cercana al lago de Beaugency, un monje capuchino estaba sentado ante una mesa. Sus ojos no se separaban del breviario que leía atentamente, aunque hubiese escogido un rincón algo obscuro para leerlo.

De vez en cuando levantaba la cabeza para mirar hacia la puerta, y entonces era visible su boca guarnecida de un mostacho gris y enhiesto.

Una rolliza aldeana de sanos colores se acercó al fraile y, tras dedicarle una reverencia torpe, balbució:

—¿No vais a almorzar, hermano? ¡Son más de las doce.

—¿Ha de tardar mucho en llegar la barcaza de Beaugency?

—No sé. A veces viene antes, a veces viene después. ¿Le sirvo comida?

—Tráeme huevos y vino.

La criada retiróse, no sin antes haberse apercibido de que el monje tenía un apósito reciente que cubría la mitad de su mejilla y un ojo. Además, en su acento distinguíase unas desinencias guturales.

Se disponía en la cercana cocina a dar vuelta a una voluminosa tortilla, cuando otro monje entró en la sala de la hostería. Lo que extrañó a Margotón, la criada, fué que el monje recién llegado, pese al calor, abatió su capucha sobre el rostro. Y lo mismo hizo el otro ya sentado.

—Llegáis a punto, hermano — dijo Margotón—. Os encontráis en compañía—y, dirigiéndose al otro monje, añadió—: ¿No es cierto, mi reverendo, hermano, que os encantará almorzar con vuestro hermano? Hay tortilla para los dos. Y es buena, porque yo no escatimo la mantequilla.

El monje, que aún seguía en pie, musitó:

—Temo molestar al hermano...

El monje sentado, bajando aún más la cabeza, murmuró:

—Soy un pobre fraile alsaciano... Hablo mal el francés, y temo que mi compañía no sea agradable a mi hermano.

—¡Santo cielo!—clamó Margotón—. No deben emplear

cumplidos. Siendo, monjes y de la misma orden, sólo debe haber una mesa para los dos.

Y, tomando un escabel, lo colocó al otro lado de la mesa. Sentóse el recién llegado con evidente recelo. Ambos monjes hundieron la nariz en sus respectivos platos y masticaron en silencio. Margotón regresó a la cocina, desde la que vigilaba la sala, y, no teniendo más clientes que atender, puso en movimiento la rueca donde hilaba.

Hacía un cuarto de hora que el silencio sólo era interrumpido por la rueca, cuando cuatro hombres armados y de bastante mal aspecto entraron en la sala. Tocaron ligeramente e1 borde de sus chambergos al ver a los dos monjes, y uno de ellos palmoteó la mejilla de la criada.

—No está hoy el dueño, Margotón. Danos vino y yantar pronto, porque tengo musgo en la garganta por no haber masticado desde ayer.

—Eso se dice pronto, señor Boisard. Pero, ¿pagaréis? Me debéis ya en vinos y cenas más de seis luises, tan cierto como mujer honrada soy.

—Tan cierto es lo uno como lo otro —replicó riendo el llamado Boisard—. Es decir, que sólo te debo dos luises, y mañana te los pagaré.

Durante media hora los cuatro compañeros comieron y bebieron profusamente, entre palabras malsonantes. El llamado Boisard levantóse tambaleándose, y con un frasco que en la mano llevaba llenó el vaso que estaba ante el monje que le volvía la espalda, frente al del bigote canoso.

—Parecéis estatuas, reverendos. Mudos estáis.

—Yo aguardo el barco de Beaugency—dijo el más viejo.

—¿Y vos ¿No respondéis? Bebed, al menos.

—No bebo entre comidas — fué la fría respuesta del que volvía la espalda a Boisard.

—¡Diablos benditos! — gruñó Boisard—. ¡Beberéis porque a mi invitación nadie puede negarse!

Depositó el frasco sobre la mesa, y, cogiendo el vaso lleno, lo acercó a los labios del monje inclinado. El monje levantóse, cogió el vaso y arrojó su contenido al rostro de Boisard.

Los otros tres, desde la mesa, empezaron a reír.

El monje agresor se reclinó contra la pared, brazos cruzados.

—¿Sabéis, hermanito, que jugáis con sangre y fuego? — dijo Boisard, limpiándose el rostro—. Si no fuerais un portador de faldas, os enseñaría a tener más modales.

Y al hablar extendió la mano hacia el rostro del monje en pie.

El rostro atezado del monje se crispó y con rapidez imprevista asió con una mano el coleto de Boisard, mientras que la otra, armándose del frasco, se abatió sobre el cráneo del beodo...

Estalló violentamente el cristal, y Boisard cayó al suelo sin conocimiento, inundado a la vez de vino y de sangre.

—¡Magnífico!—musitó el monje sentado—. Para fraile atizáis con soltura.

—¡Boisard está muerto!—gritaron los otros—, ¡Venguémosle!

Se abalanzaron hacia sus espadas, pero el monje joven, con una sorprendente agilidad, sofaldóse y, apropiándose la espada de Boisard, púsose en guardia.

El otro monje sacó de debajo de su sayal un puñal cuya hoja era de una largura más que mediana, y colocóse junto al que ya asestaba tajos y mandobles con pericia sin igual.

En breves segundos quedaron desarmados los tres amigos de Boisard, y, retrocediendo presurosos, saltaron por la ventana.

—¡Jesús! — exclamó Margotón—. Nunca vi reverendos tan combativos.

—Cruz y espada, Margotón—sonrió el más joven—. ¿Y vos, hermano, no pensáis que podríamos irnos? Supongo que, como yo, aguardabais el barco de Beaugency. Ahí está. Apresurémonos.

—Os sigo, señor.

Y el viejo monje limpió su puñal echándole el aliento, mientras tiraba unas monedas sobre la mesa. Margotón, estupefacta, violes juntos dirigirse hacia el lago, donde aguardaba la gran barcaza que llevaba a los pasajeros que lo deseaban a la confluencia de la ruta francesa con la frontera suiza. ,

—¡El diablo me lleve si vuestra figura me es desconocida!—replicó el otro.

—Si no me engaño, os vi antes de ahora—dijo Carlos Lezama.

—Cuando os vi por vez primera hace ya años, me parece que no llevabais ese ropaje.

—¡Y vos tampoco, “Gott Damm”!

—¡Sois el capitán “reitre” Hans Meyer!—exclamó Lezama.

El reconocido llevóse cautelosamente la diestra al puñal, que palpó bajo su ropaje.

—Dejad en paz la daga, capitán—sonrió Lezama—. ¿No recordáis a un español que con vos pasó unos días en París, en una posada del barrio de San Dionisio? Allá por el año 98[5].

—¡“Damn Teufel”! ¡Vos sois el hidalgo Lezama!

Y el corpulento cincuentón abrazóse al Pirata Negro, palmoteando con vigor sus espaldas.

—¿Y qué... qué hacéis disfrazado de tal guisa, señor hidalgo?

—Lo mismo que vos, seguramente. Intentar pasar desapercibido..., porque a precio está mi cabeza.

—Y la mía... Un cortesano me tiró del mostacho y le horadé de parte a parte...

—¿Y vais a Beaugency para escapar a la justicia?

—Y reunirme con mis veinte “reitres”, a probar fortuna en otras tierras donde el brazo de Luis XIV no alcance.

—¿Vuestros veinte “"reitres”? Tengo en bolsa doscientos luises, capitán Hans Meyer. Podéis vos y vuestros hombres ganarlos. Primero, al llegar a Beaugency abandonaremos esa ropa y con vuestros veinte “reitres” aleccionados...



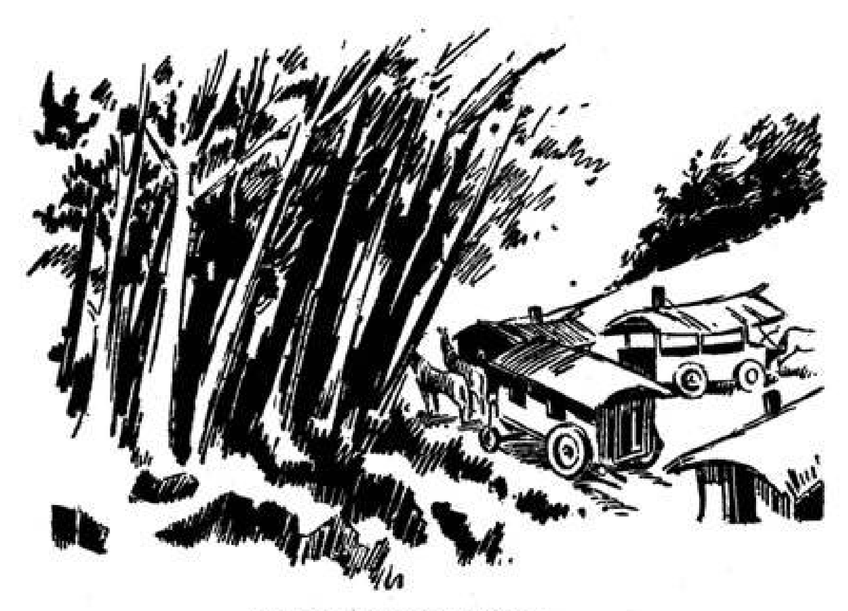
El frío era cortante cuando la caravana detúvose en una explanada rodeada de colinas repletas de pinares. Eran las cinco de la tarde.

El conde Zurad hizo una señal, y Gipsy acudió presuroso.

—Prepárate a ejecutar a los dos imprudentes espías. Tráelos.

Atados espalda contra espalda a un solo poste de carreta, Diego Lucientes y Saint-Cyr, durante tres interminables días, habían estado tendidos y cubiertos por haces de leña. Como comida en sus bocas Gipsy había introducido brutalmente negros mendrugos de pan, vertiendo luego un chorro de agua tibia.

Entre cuatro zíngaros transportaron el poste con sus dos presos al centro del círculo formado por la tribu. Desde lo alto de su carreta Karmi, atadas sus manos a la espalda y encadenados los tobillos a los palos que formaban el cuadro del carruaje, miró con pena a los dos que iban a ser asesinados.



...cuando la caravana detúvose...

—Llegó la hora, “payos”. Es rito de nuestra tribu daros a elegir entre la muerte por el acero o la muerte por el fuego.

—Explícame en qué consisten—dijo Lucientes castañeteando las mandíbulas—. Sin mucho detalle de esos morbosos, ¿sabes? Estoy mal alimentado y falto de vino, y no disfrutaré oyéndote.

—Gipsy hundirá su puñal en tus ojos, después en tus oídos...

—Háblame del fuego. Me dará más calor.

—Prenderá Gipsy fuego en tus ropas, y...

—Pedid la opinión de mi compañero. Espero que tendrá buen gusto y elegirá una muerte poética.

—¡Danos muerte ya, zíngaro condenado!—bramó, a espaldas de Lucientes, la voz de Saint-Cyr—. Y vos perdonadme, Lucientes. Fué mi culpa... ¡Os juro que nunca más creeré en mujer alguna!

—Sabia, aunque tardía decisión, amigo. Bien, noble anciano, déjame antes de que mudo me quede para siempre decirte algo.

—Abrevia tus palabras.

—Hay un hombre que tarde o temprano te encontrará. Y ése te juro que a sangre y fuego arrasará tu campamento como algo le ocurra a Karmi. Nada más. A tu gusto, Gipsy cobardón. Fuego, puñal..., tanto se me dan, ya que otro remedio no me queda.

—¡Un instante!—y Zurad detuvo a Gipsy, que avanzaba puñal

en ristre. —¿Quién es ese hombre que citas, pirata?

—El hombre que, por ir en busca de sus padres, que hasta entonces desconocía, me encomendó venir a salvar a Karmi de vuestra esclavitud. Hablo del Pirata Negro. Y él os dará sangre a ríos y fuego por infiernos. Mátame, Zurad, pero recuerda mis palabras. Si quieres salvar la vida de tu tribu y la tuya también, respeta a Karmi. No permitas que Gipsy la roce siquiera con su aliento.

Unos caballos relincharon agitando los belfos y alzando las cabezas en dirección a los pinares. Miró Zurad hacia las colinas, y de pronto parpadeó en el paroxismo del estupor.

Abierto de piernas, y los puños en las caderas, el Pirata Negro distaba veinte metros de la tribu reunida. Sonreía con inquietante mueca.

—Salve a ti y a los tuyos, conde Zurad. He oído citar mi nombre. Hay manos morenas de mujer que hacia puñales en escote se deslizan. Cobardes de zíngaros que hacia sus cintos resbalan. Y... hay “treinta reitres” entre los pinos con arcabuces, pistolas y espadas para luego rematar. ¡Capitán Hans Meyer!

—¡A la escucha! —rugió una voz entre los pinares.

Y toda la tribu vió los bustos que acababan de levantarse saliendo de detrás de los troncos y enfocando sendos arcabuces y pistolas.

El conde Zurad palideció, adquiriendo su tez morena un tinte verdoso.

—¡Diantres! —suspiró Lucientes—. No habrá sangre ni fuego por ahora, amigo poeta.

El Pirata Negro, sin moverse, señaló con avance de cuello a Karmi, que con los ojos dilatados bisbiseaba palabras inaudibles...

—A por ella vine, conde Zurad. De vosotros no quiero nada más que ella. Ni siquiera me interesan vuestros pellejos. Si seguís inmóviles como hasta ahora, no habrá sangre ni fuego. ¡Capitán Hans Meyer! ¡Veinte pasos al frente! Sólo a mi voz dispararán, conde Zurad, y saben tirar bien esos bergantes de “reitres”.

Hans Meyer y sus “reitres” avanzaron hasta distar cinco pasos tras el Pirata Negro. Extendidos en amplio arco, ofrecían un espectáculo poco tranquilizador...

—Tú mismo, conde Zurad. Desata a los dos presos. Porque

peinas cabellos blancos no vengo la muerte de Tichli y tu intento de hacer naufragar mi velero. Era natural que tú prefirieras rescatar a Karmi sin verter sangre zíngara. Porque tu raza respetas, te perdono la vida.

Diego Lucientes y Saint-Cyr simultáneamente, avanzaron hacia la carreta donde estaba atada Karmi.

—Todos a vuestras carretas, zíngaros. Tu quédate conmigo, conde Zurad. Montas caballo, y cuando la última carreta haya desfilado hacia la barrancada de la frontera, entonces te reunirás con ellos.

—¡Alto, zíngaros! —decretó secamente Zurad—. ¿Qué garantía tengo de que...?

—Mi palabra de pirata, a la cual nunca falto. Pero si no te basta, me sobra pólvora para no dejar en vida a ninguno de tus zíngaros. Decide pronto. Sangre y fuego, o libre galopar por las llanuras y los montes suizos. ¡Tate, buen mozo! —exclamó de pronto Lezama, dirigiéndose a Gipsy. —Tu mano se mueve... y no me gusta la expresión de tus ojos. Tira al suelo tu puñal y después levanta las manos.

—¡Azotó a Karmi!—gritó de pronto Saint-Cyr.

Los zíngaros que se dirigían hacia sus carretas, sugestionados por las palabras del Pirata Negro, se detuvieron recelosos.

Gipsy agachóse felinamente y saltó hacia delante con la cabeza proyectada hacia el estómago del Pirata Negro... Su diestra levantó el puñal...

Saltando de costado, Carlos Lezama abatió sus dos puños en la nuca del zíngaro, que se aplastó contra el suelo de bruces. Colocó Lezama el pie sobre la diestra de Gipsy, que, aún sin sentido, se agarrotaba alrededor del mango de su cuchillo...

—Es cierto lo que ha dicho el mosquetero, conde Zurad? No suelen mentir...

—La destiné a ser su esposa—explicó Zurad— Y entre zíngaros el látigo es el instrumento de concordia.

—Tienes razón, conde Zurad—dijo el Pirata Negro, cuyos ojos brillaban intensamente—Te doy toda la razón. ¡Diego Lucientes! Ata al poste al zíngaro Gipsy.

—¿Qué vas a hacer, pirata? —exclamó Zurad. No consentiré que mates a un hombre de mi tribu. Antes daré orden de entablar

combate y moriremos matando.

—Bravas palabras, conde Zurad. No quiero matar a Gipsy. Quiero que la ley sea igual entre los zíngaros. ¡Mosquetero! Liberad a Karmi,

La gitana vino corriendo a fundirse en estrecho abrazo contra el pecho del Pirata Negro. Hans Meyer y sus hombres, tensos y vigilantes, observaban los movimientos de los zíngaros…

—Dijiste, conde Zurad, que el látigo es instrumento de concordia entre zíngaros. ¡“Medio Brazo”! Dale un látigo a Karmi.

Y, separándose de la zíngara, el Pirata Negro aproximóse al poste donde estaba atado Gipsy inconsciente y de boca contra el madero. Arrancó su camisa, descubriendo la musculosa espalda bronceada del zíngaro.

—¡Despiértalo, Karmi! Cruza su dorso y emplea sabiamente el instrumento de concordia…

La burlona carcajada del Pirata Negro fué coreada por Diego Lucientes. Karmi avanzó un paso… y tiró al suelo el látigo.

—No puedo, Carlos. Es un zíngaro…

—¡Tate!—y volvió a reír el Pirata Negro—. ¿Oíste, conde Zurad? Mi esposa no me obedece, y yo no azoto ni a mujeres ni a hombres atados.

—A nosotros dos nos dió buena solfa, capitán Lezama — dijo Lucientes, riendo—. ¿No ves mis labios hinchados?

—¿Sí? Ahí en el suelo está el látigo.

—Gracias. Yo tampoco azoto a hombres atados, capitán Lezama.

—Aprender la lección que dos piratas os dan, zíngaros. Y ahora, conde Zurad, ordena a tu tribu que hostigue los pencos y se vayan con sus carretas donde el diablo quiera invitarles.

Las carretas fueron poniéndose en movimiento. Desaparecía la última en la barrancada, cuando Zurad procedió a desatar a Gipsy, que había ya recuperado los sentidos.

—Tú puedes irte, conde Zurad. Pero ese hombre, no.

Zurad cerró los puños al oír la orden del Pirata Negro.

—¿Así cumples tu palabra, pirata?

—La cumplo. Garanticé tu vida…, no la de ese zíngaro. Porque, óyeme, bien, Zurad. Ella me desobedeció; “Medio Brazo” no quiso emplear el látigo. Yo tampoco… porque tengo que matar a ese zíngaro. Dale tu puñal, y ¡ahí va!

Tiró al suelo el Pirata Negro su espada y su pistola. Dejó en su cinto envainado el puñal. Y, colocando los puños en sus caderas, rió en estentórea carcajada.

—¿Azotaste a Karmi y pensabas irte con vida, Gipsy? Dale el puñal, conde Zurad. Él quiso ser su marido a usanza zíngara... Yo lo seré a usanza pirata.

Gipsy sintió en su mano el contacto del acero que le entregaba Zurad. Rápido lo emballestó, lanzándolo contra el Pirata Negro, que dejóse caer de rodillas, coincidiendo con un grito horrorizado de Karmi.

—Ardid antiquísimo, traidor—rió el Pirata Negro.

Y sin desenvainar abalanzóse contra Gipsy, levantándolo en vilo por encima de su cabeza.

Corrió con él, debatiéndose en el aire, hacia el borde de la barrancada, y con impulso brutal lo lanzó al abismo. El cuerpo de Gipsy describió un arco, y, rebotando de peñasco en peñasco, fué a estrellarse, descoyuntado, al fondo de la barrancada...

Mudamente, el conde Zurad recogió su puñal del tronco del árbol donde había ido a clavarse. Lo enfundó vigilado por Diego Lucientes.

—¿Tienes algo que decirme, conde Zurad?—preguntó el Pirata Negro.

—Un día morirás, pirata... — dijo sordamente el viejo zíngaro.

—No es original tu frase, conde Zurad. También tú morirás, que esa es la humana verdad. Tu caravana está lejos, conde Zurad. Monta tu caballo, y adiós. Que tu diablo te proteja.

—¡Maldición sobre ella y maldición sobre ti!—y cabalgando de un salto, el viejo zíngaro espoleó su caballo, desapareciendo en la hondonada.

Karmi, temblando, vino a estrecharse contra el costado del Pirata Negro, que la enlazó por los hombros.

—No creas en frases de mal agüero, Karmi. Tienes que olvidar que fuiste zíngara... porque vas a ser mi esposa.

Y abunda el mar en supersticiones para que añadas las de tu raza.

—Nos maldijo...—bisbiseó ella.

Cerró él los labios femeninos en breve beso.

—No necesitamos su bendición, Karmi. Ven.

Cuando Saint-Cyr vió a la grupa del Pirata Negro la figura enlazada de Karmi, suspiró melancólicamente. Diego Lucientes sonrió.

—¿Poesía, Saint-Cyr? No compongáis más rimas… donde ronden guijarros. Consejo de amigo.

CAPITULO VIII

La segunda venganza de Liam Montbar

Distante veinte leguas de París, el pueblo de Les Mureaux enmarcaba en sus riente boscajes, por donde serpenteaba el Sena, varias granjas de donde diariamente partían carretas que suministraban leche fresca a la capital.

Georges Moqueur, propietario de una de aquellas granjas, disponíase a almorzar en compañía de su esposa Fifine, y de varios mozos y mozas cuando en el umbral del vasto comedor que era n la vez cocina, un individuo de elegante atuendo y extraños ojos verdes, saludó con amable ademán a los estupefactos granjeros.

—Buenos días, buena gente.

Todas las miradas de los comensales más que atentas al recién llegado, estaban fijas en el montoncito de blancas ropas que el visitante llevaba al brazo.

De los encajes brotaban pequeños quejidos débiles e irritados.

—Me llamo Liam Montbar, irlandés por padre, francés por madre. Tengo que visitar a varios amigos míos en París, y mi hija no puede ya soportar el viaje. Murió mi esposa... y esta pobrecilla niña irá a vivir con su abuela. Pero mientras, y confiando en la proverbial hospitalidad y buen corazón de los pueblos franceses, desearía que alguien se cuidara de esta pobrecilla criatura. Sabré recompensar las molestias que la pequeña ocasione.

Un coro de voces apenas partió de las mujeres, varias de las cuales se levantaron y una de ellas cogió amorosamente el pequeño fardo blanco.

Fifine, como dueña, tomó la palabra.

—Sentaos, caballero. Habéis hecha bien en evitar a vuestra hijita las molestias de una permanencia en la capital, donde no podrían

atenderla. ¿Deseáis almorzar con nosotros?

—Os lo agradezco, buena mujer. Ya comí en el relevo de la diligencia. Aceptaré tan sólo para no despreciar, un vaso de vino.

Una moza, coloradota y despechugada, meció contra su seno a la hija de Diego Lucientes.

—Esta criatura está hambrienta— declaró la moza—. Por eso llora y por eso patalea...

Georges Moqueur, con la proverbial rudeza de la gente de campo, asentó un puñetazo en la mesa.

—¿No nutres generosamente a tu sexto hijo, Odette? En mi despensa, si hay comida para uno la hay también para dos. O sea que a buen entendedor...

La llamada Odette emitió una alegre carcajada y yendo a un rincón, volvió la espalda a la mesa, desabrochando su corpiño: los vagidos de la niña cesaron...

Todos los comensales rieron con satisfecha expresión. Liam Montbar adoptó un aspecto de hombre emocionado.

—La virtud está en el campo, amigos míos. Me conmueve la solicitud con que atendéis mi apuro...

—Bah, bah!—atajó toscamente el granjero—. No hacemos más que cumplir con lo que nos parece una ley natural. Cuando la ternera tiene hambre la sacia donde puede. Y os podéis marchar tranquilo, caballero. A vuestro regreso, la niña habrá aumentado en peso, porque Odette es la más sana y fuerte de las mozas del pueblo.

Liam Montbar se puso en pie, y con galante ademán saludó a los reunidos.

—Hasta pronto, amigos míos. Confío en que mi tardanza no pasará más allá de siete u ocho días.

Atravesó Liam Montbar el pueblo hasta llegar a la posada, y aguardó la diligencia que había de conducirle a París.

Tardó cinco días en obtener todos los detalles que acumuló acerca de Jean Loup, el jefe corsario que le había traicionado, delatando su organización de Los Mendigos del Mar a las fuerzas reales.

Supo que Jean Loup, felicitado personalmente por el Rey, había sido agasajado por la Corte entera, y estaba por aquellos días ultimando los preparativos para tomar el mando de una nave

corsaria que en el puerto de El Havre iba siendo equipada con fondos del Tesoro.

Liam Montbar acechó pacientemente las idas y venidas de la servidumbre que atendía la mansión donde el corsario Loup residía en espera de hacerse a la mar.

Su elegante porte, su fácil palabra y su amable sonrisa, acompañadas con oportunas dádivas le granjearon la confianza del cochero encargado de conducir la carroza puesta a disposición del jefe corsario. Y supo que al día siguiente, en la carroza, Jean Loup se dirigiría a El Havre, para tomar el mando de la nave fletada para salir a la caza de piratas, con patente de corso.

Jean Loup, ostentando en su chambergo los dorados galones de jefe marino, salió de su residencia embozado prietamente en su capa.

La madrugada era fría, y entró precipitadamente en el recoleto interior acolchado de la carroza. Arrellanóse cómodamente, y el cochero fustigó los dos caballos, tras la breve orden de Loup, indicándole que, a todo galope, emprendiera la ruta de El Havre.

El vaivén del carruaje, y la tibia temperatura del interior, adormilaron a Jean Loup...

De pronto, abrió los ojos extrañado. La carroza estaba detenida en un paraje obscuro y desierto: había entrado en un arenal encerrado entre dos macizos rocosos.

Furibundo, Jean Loup descendió de la carroza, dispuesto a tundir a fustazos al imbécil de cochero que había sido tan torpe como para extraviarse de su ruta.

Pero el pescante hallábase vacío. Jean Loup miró a su alrededor, y repentinamente, una mortal lividez invadió su bronceado semblante...

Con los ojos dilatados por el más abyecto de los terrores, retrocedió vacilante unos pasos...

Liam Montbar sonreía sardónicamente, contemplándole fijamente, con arrobo, casi con unción. El irlandés asomaba de vez en cuando la lengua, con el mismo gesto que un gato salvaje tendría para refocilarse con la próxima tortura que pensase administrar a su presa.

—Está fría la mañana, Loup. Y, sin embargo, estás sudando... ¿No me reconoces? Soy tu buen amigo, tu jefe, el hombre al cual

jurabas fidelidad allá en los páramos de Calais.

Frenéticamente, enloquecido por el pánico, Jean Loup abatió a la vez sus dos manos hacia su cinto, en busca de su pistola y de su espada.

El salto de Liam Montbar nada tenía de humano; era más bien la propulsión de una fiera hambrienta.

Al choque del irlandés, quiso Loup debatirse, pero sus potentes músculos se hincharon inútilmente contra la salvaje y sañuda furia con la cual Liam Montbar le asestaba veloces y repetidos puñetazos y puntapiés, revoleándolo en el arenoso suelo.

Un furioso cabezazo del irlandés contra su garganta, privó totalmente del resuello al jefe corsario, que al recibir un nuevo cabezazo en la sien, rodó exánime, sin sentido.

Levantóse Liam Montbar deshaciendo la opresión de sus rodillas alrededor de la cintura del francés, y asiendo por una pierna al vencido lo arrastró hasta la carroza.

Allí procedió a una manipulación extraña. Quitó los aparejos y correajes que uncían los dos caballos al carruaje, y pasando la más sólida de las tiras de cuero bajo las axilas del desvanecido, hizo varios nudos marineros, imposibles de ser soltados a menos de emplear un afilado cuchillo.

Otra de las correas enlazó sólidamente las piernas y tobillos de Joan Loup, y minutos después, cuando el jefe corsario recuperó sus sentidos, vióse tendido en el suelo.

Liam Montbar mantenía por las riendas a los dos caballos. Miraba con amabilidad al derribado corsario.

—Ibas a El Havre... y llegarás a El Havre, Jean Loup. Pero tan sólo habrá una diferencia. Llegarán dos jefes corsarios en vez de uno. ¿No me comprendes? Tu busto quizás llegue primero y tus piernas después. Un detalle sin importancia.

Jean Loup comprendió repentinamente la clase de muerte que le reservaba su antiguo jefe, y gruesas gotas de sudor encharcaron sus mejillas abrillantando sus cejas y su frente.

—¡Piedad, Montbar!—gritó—. ¡Dame otra muerte menos esa!

—Deberías estarme agradecido de que por no disponer de tiempo, sea benigno contigo, traidorzuelo. Me limitaré a introducir yesca ardiendo en una de las orejas de cada caballo, partirán rectamente, corriendo como exhalaciones, cada cual por un camino

distinto. Después, pasado el ardor de sus orejas, volverán a reunirse… y tú irás tras ellos, en dos pedazos.

Manteniendo con el codo las riendas, encendió Montbar dos yescas, que a la vez introdujo en una oreja de cada caballo. Propinó un puntapié a uno, que tensó los troncos hacia el norte, mientras el otro pugnaba por galopar hacia el sur.

Un sordo crujido hizo estallar en agria carcajada al irlandés. Los dos caballos galopaban ya libres el uno del otro…

—Adiós, Jean Loup. Tu doble personalidad estaba fatalmente destinada a ser también un doble cadáver.

* * *

Odette cantaba una monótona e ingenua canción de cuna, cuando Liam Montbar reapareció por segunda vez en la granja de los Mureaux, y palmoteó delicadamente la diminuta mejilla de la sietemesina durmiente.

—¿Os la vais a llevar ya, señor?— preguntó apenada la moza—. Me había encariñado con ella. ¡Es tan pequeñita! Un trocito de carne…

Georges Moqueur y su esposa acudieron presurosos al serles notificada la visita del “amable caballero irlandés”.

—Terminé ya la visita que en París tenía que hacer, amigos míos. Y ahora, sólo me queda agradeceros cuanto por mi hijita habéis hecho.

—¿Me consideraréis indiscreta, señor, si os pregunto si habéis de tardar mucho en llegar donde puedan cuidar adecuadamente a la criaturita?—inquirió la granjera.

—Decidme el motivo de vuestra pregunta, buena mujer.

—Ved, mi buen caballero, que por el camino padecerá hambre, ya que Odette no os puede acompañar. Si no os molestara, me permitiría aconsejaros que os llevarais un frasco con leche, y empapando un trapito con ella, aplacarais el hambre de este angelito.

—Así lo haré. Creed que me preocupa esta niña. Quiero que llegue a ser orgullo de mi vida. Todo cuidado me parece poco para ella.

Y cuando Liam Montbar, llevando cuidadosamente en su brazo a la hija de Diego Lucientes, abandonaba la granja, Odette suspiró hondamente.

—Le había cogido “ley” a la querubina. Pero me consuela pensar que con tan buen padre, no sufrirá.

* * *

Días después, en un navío de pasaje que zarpaba rumbo a las Américas, un caballero que se paseaba por cubierta excitaba la ruda pero afectuosa burla de los marinos, que se desvivían por procurar que no pasaran cinco horas sin que la frágil criatura que en brazos llevaba el hombre de los raros ojos verde-violeta, recibiera su provisión de leche.

Los marinos reían al ver el extremoso cuidado con el que Liam Montbar hábilmente mantenía entre los tiernos labios un trapito empapado en el líquido vital.

Y como hombres honrados que eran se emocionaban al oír relatar al “amante padre” la tragedia en la que le había dejado “la madre que murió al dar a luz”.

Y pronto circuló por el barco el general deseo de todos los tripulantes, que hacían votos sinceros para que aquel padre lograse en las Américas la fortuna que iba a buscar para su hija.

CAPITULO IX

Regreso al hogar

Hans Mayer y sus “reitres” marcharon al otro lado de la frontera. El conde de Saint-Cyr despidióse para reunirse con su destacamento.

Y dos caballos hicieron alto al obscurecer, internándose sus tres jinetes en la arboleda circundante.

Diego Lucientes improvisó un pequeño fuego, a cuyo resplandor sentáronse el Pirata Negro y Karmi. Ella apoyaba su cabeza en el hombro de Lezama. Y Diego Lucientes, confortado con abundantes sorbos de vino caliente, sonrió complacido.

—Regreso al hogar, capitán Lezama. Pienso proponerte algo, pero temo no aceptes. ¿Por qué tu luna de miel no transcurre en Kerdal?

—Al mar vuelvo, “Medio Brazo”, y ella conmigo... Tú también puedes venir, si quieres.

Rió Diego Lucientes, guiñando un ojo amistosamente.

—Me halagas, señor. ¿A qué se debe tu invitación? Una vez quisiste ahorcarme; otra, estuve a punto de asfixiarme en un sarcófago..., y ahora ¿me admites aún a tus órdenes, después de haber demostrado tanta torpeza al acudir en auxilio de tu Karmi?

—Por eso mismo, bachiller. Porque dejaste a tu esposa y tu hogar para salvar a la que mi esposa va a ser.

—Hay algo extraño en tu rostro, señor—musitó Lucientes, intrigado.

—Es el cabrilleo de las llamas, estudiante. ¿Te gustaría tener una hija?..

—Sería el anclote que me sujetaría a Kerdal y me convertiría en marido sempiterno de mi adorable Gaby.

Karmi dormitaba sobre el hombro del Pirata Negro. Éste acarició la sedosa y opulenta cabellera desparramada, y atrajo hacia el rostro las guedejas para mitigar el resplandor de las llamas.

—Me viste llorar, Diego Lucientes.

—Hay momentos en que si un hombre no llora, debe matársele.

Sonrió tristemente el Pirata Negro.

—¿Tendré que matarte, "Medio Brazo"? ¿Querías a Gaby?

El madrileño enderezó el busto, y su única mano ascendió hasta sus labios, que temblaban.

—¿Por qué hablas en pasado? ¿Por qué preguntas si quería a Gaby? Empleaste mal el verbo, y perdona mi corrección pedante. ¡Di que quiero a Gaby con toda mi alma! ¡Como tú puedes querer a la escultura morena que sobre tu hombro duerme confiada!

—Tienes una hija, Diego Luciente. Tibia carne inocente, irresponsable, que si vida quitó, vida te dará...

Diego Lucientes ascendió su diestra, cubriendo sus ojos.

—¡Gaby! ¡Gaby!—rezó sordamente, —Te fuiste... Te maté...

—Murió al dar a luz, estudiante. Murmuraba tu nombre y sonreía— mintió el Pirata Negro—. No supo que moría, y pidió que la avisaran cuando tú llegaras, porque ella quería ser la primera en enseñarte la carne de su carne...

—¡No quiero hija! ¡Ella, Gaby..., ella! —y la voz del madrileño truncóse en brusco sollozo.

Lavantóse y, dando media vuelta, hundióse en la espesura. Melancólicamente, el Pirata Negro siguió acariciando los sedosos cabellos de Karmi, que sonreía en sueños...

Diez minutos después, Diego Lucientes regresó. Colocó un leño en el fuego, removiendo con un tizón apagado.

—¿Sigue en pie tu invitación, Carlos Lezama?

—En mi velero hay un leopardo, Diego Lucientes. Era mi amigo; tú lo eres ahora, porque supiste sacrificar tu hogar para darme a mí uno. El "Aquilón" bogará alegremente, porque a bordo irán amor y amistad. Escucha ahora las nuevas, estudiante; hallé un padre, y con nosotros vendrá. Es aventurero bizarro, y es de barro y sangre noble. Un hombre cabal. Formaremos un pequeño hogar en el "Aquilón"; sortearemos las rutas piratas, y no habrá luchas. Mercaderes detestables vamos a ser, estudiante. Mercaremos en sedas, en vinos, en frutas antillanas. Y quizá algún día a bordo

habrá también una linda bordadora que de mi madre me hablará, porque la conoció, ¿sabes, estudiante? y quiero que mi linda bordadora pueda vivir entre mercaderes, porque entre piratas no quiero mezclarla. Y dame tu diestra, “Medio Brazo”.

Juntáronse las dos manos sobre el fuego.

—Sin madre estoy, sin amor quedas. Compañeros somos y compartidos los dolores tocan a menos cuando hay amistad. ¡Y acabáronse los sentimentalismos! Los caballos han descansado. Debemos ir a Kerdal. Allí te espera tu hija... ¡Chitón, estudiante! No pronuncies palabras que ahora dirías bajo una pena reciente. Por haberme criado sin padres, pirata soy. Pero un hombre puede matar, puede arañar y morder... Una mujer sin padres, rueda en el fango. Tienes una hija, y a bordo vivirá..., ¡Despierta, Karmi!

Y los labios de Lezama posáronse en la frente de la zíngara.

—Hace días y noches que no dormía, Carlos — murmuró ella, soñolienta.

Él la levantó en brazos, manteniéndola contra su pecho.

—Duerme ahora, Karmi.

Tendióle el estribo Lucientes, y con su carga amorosa montó el Pirata. Negro. Los dos caballos pusiéronse al paso...

Karmi cerró los ojos sonriente, porque en sus labios susurraba la vez amada:

—Tendrás por techo el cielo y por alfombra el mar, y cuando en la proa oigas mi cantar, yérguete orgullosa porque tú eres mi “luz en las tinieblas”...

* * *

El padre Jean Dupont cabeceaba adormilado junto al catafalco donde juntos reposaban los cadáveres de Humbert de Ferblanc y Esperanza Heredia.

Sobre la negra sotana un pliego abierto deslizábase, y, al caer, su débil crujido despertó al anciano párroco de Kerdal, quien recogió el papel, que volvió a releer.

“Yo, Humbert de Ferblanc, conde de Ferblanc por legítima cuna, testo de mi título a favor de mi hijo Carlos Lezama, nacido en Boca del Toro, aldea de Panamá. Por mi matrimonio efectuado en esta noche fantasmal en que voy a ser ejecutado, legitimo su nacimiento. In articolo mortis he tomado por esposa a Esperanza Heredia, madre natural de mi hijo Carlos. Que Carlos de Ferblanc y Heredia, conde de Ferblanc,

consiga la felicidad que en mi postrer pensamiento para é1 deseo.

"Humbert de Ferblanc."

Levantóse el sacerdote y despabiló las largas mechas de los velones que ardían a los cuatro costados del catafalco improvisado tendiendo negros paños sobre el lecho.

Esperanza Heredia mantenía entre sus dedos cruzados la carta de Liam Montbar...

Volvióse bruscamente el cura al oír un sordo gemido tras él. Pálido y desencajado, el Pirata Negro le apartó con violencia.

Cayó de rodillas junto al cuerpo de su padre.

—¿Tú eres Carlos Lezama, hijo?— inquirió, solícito, el cura.

—Lo soy. ¡Dejadme!

—Tengo que decirte...

—¡Sólo decidme quién los mató!

—No sé, hijo. Los hallaron muertos. Una mujer que generosamente cuidaba de la hija del señor Lucientes habló de un misterioso lacayo de ojos verdes y parla irlandesa, que...

Como un muelle distendido, el Pirata Negro asió por los hombros al diminuto y viejo cura, zarandeándolo.

—¿Cómo habéis dicho?

—Modérate, hijo mío. Grande ha de ser tu dolor, pero respeta la muerte de cuerpo presente en los que son tus padres...

Retrocedió Carlos Lezama hacia atrás, tendiendo las manos en ademán suplicante...

—¿Mis padres? Él sí era... — cayó derribado un velón al precipitarse el Pirata Negro hacia el lado donde dormía su último sueño Esperanza Heredia—. ¡Madre!

El cura, tras levantar el velón derribado, acercóse al hombre que en pie, en silencio, miraba con extraviada expresión el cadáver de Esperanza Heredia.

—Quizá llorar aliviaría tus nervios, hijo. Tienes el rostro desencajado, y tiemblan tus manos... Hay que tener resignación. Por el dolor se purifica el alma...

Carlos Lezama, insensible a todo, continuaba en pie, estático. Vió de pronto a Karmi y Lucientes detenidos en el umbral. Corrió hacia la puerta y a empellones salvajes obligó a salir al madrileño y a la zíngara.

Cerró con bestial violencia la puerta...

Su rostro sudoroso brillaba y en sus ojos había luz de locura.

—El Señor se apiade de ti, Carlos Lezama. Reza... si puedes. Afuera estoy... Llámame si me necesitas, que es mi deber acudir cuando un alma quiere buscar a Dios. Nuestra única salvación.

El viejo sacerdote colocó sobre el pecho de Humbert de Ferblanc el testamento escrito por éste en la celda de la Bastilla.

El Pirata Negro, durante minutos de intenso sufrir, pugnó por llorar. Pero sus ojos, resecos y febriles, le quemaban, sin que el llanto acudiera a ellos.

Avanzó una mano temblorosa y leyó el testamento. Lo colocó entre el pecho y la casaca de Humbert de Ferblanc, y su mano quedó posada en el corazón sin latidos de su padre.

—Perdóname por no haberte abrazado..., padre. Si otra vida hay, en ella repararé mi dureza.

Fué a arrodillarse junto a Esperanza Heredia, cuyas manos separó. La carta de Liam Montbar cayó sobre el negro paño. Y por espacio de varios minutos las dos manos frías y yertas de Esperanza Heredia quedaron aplastadas contra la frente del Pirata Negro, que las mantenía convulsivamente entre las suyas.

—¡Torpe fui, madre! ¿Cómo no adiviné...? No es reproche, ¿sabes? Razón tenías al no decirme quién eras..., pero, comprende, madre, yo no podía saber... no podía creer que tú..., siendo... Perdona, madre. Mucho sufriste por mi culpa...

Un rizo de blancos cabellos rozó los párpados del Pirata Negro, y, al influjo de la caricia, los ojos rebeldes al llanto quedaron empañados en lentas lágrimas...

Levantóse Lezama, recogiendo la carta de Liam Montbar. La leyó... Desenvainó su puñal, cuya punta dirigió contra su corazón...

El puñal cayó de sus manos, y un copioso sudor goteó de su frente. Humbert de Ferblanc de pronto enderezaba el busto, y quedaba sentado en el catafalco, con un crujido de articulaciones...

—¡Padre!

Humbert de Ferblanc volvió a caer tendido. La *rígido postmortem*[6] había cesado.

El Pirata Negro reconoció la índole normal del suceso, pero al recoger su puñal lo enfundó.

—Tienes razón, padre. Debo vivir... hasta vengar vuestras muertes.

* * *

El padre Jean Dupont se persignó asustado cuando, tras la puerta, oyó resonar una lúgubre carcajada escalofriante...

Entró, y vió al Pirata Negro, cuyas dos manos engarfiadas arañaban sus propias sienes.

—Cálmate, hijo mío. Tu risa es improcedente...

—Tenéis razón, señor cura. Es que no podéis comprender la razón por la que he estallado en risa que me ha hecho sangrar... Hay un hombre que pregunta como despedida si sé reír. Es el que ha matado... y es el que me oirá reír por segunda vez como ahora lo he hecho.

—No debes pensar en venganzas, hijo. Jesús perdonó.

—Era Jesús... y yo soy barro. Rezad por mis padres, señor cura.

—Y por ti Carlos Lezama.

Karmi avanzó tímidamente cuando el Pirata Negro salió de la alcoba fúnebre. Retrocedió, dilatados los ojos de sorpresa...

En los aladares del Pirata Negro mechones blancos serpenteaban por entre la endrina cabellera rebelde. Y en las sienes que latían visiblemente hondos arañazos habían trazado surcos sangrientos...

—Carlos...—musitó.

Él la apartó con brusquedad y revolvióse salvajemente cuando oyó a Diego Lucientes decirle con tranquila entonación:

—Ella no merece tu brutalidad, pirata.

—¡Idos los dos! ¡Callad!

—En el dolor se conoce al hombre, pirata—siguió diciendo con pausada voz Diego Lucientes,

Frenéticamente, el Pirata Negro amartilló su pistola.

—Vete..., "Medio Brazo..., vete, y no hables más... ¿Sabes acaso lo infernal que ha sido la hora que ha transcurrido? ¡Calla!

—Dispara si ha de aquietarte, pero no la brutalices a ella. Es tu esposa... La tienes a ella. Yo, en cambio, sin amor quedé. Robaron a mi hija, y Gaby para siempre se fué.

—¡Vete! ¡Llévatela!—murmuró roncamente Lezama, volviendo la espalda.

Diego Lucientes adelantóse hacia Karmi, colocándose el índice sobre los labios. Enlazó su cintura y se fue con ella.

* * *

Minutos después el Pirata Negro descendía la escalinata del castillo. Diego Lucientes tendió el estribo del caballo donde, temerosa, Karmi aguardaba sentada en la silla.

Carlos Le zaina colocó su mano en el hombro válido del madrileño.

—Me diste lección de hombría, Diego Lucientes. Ningún hombre hasta hoy se permitió esta libertad.

—¿No somos hermanos de infortunio, Carlos Lezama? El "Aquilón" espera...

El Pirata Negro cogió una de las manos de Karmi. La besó.

—De extravíos del dolor no me guardes resentimiento.

—Remediar quiero tu soledad, Carlos... Siempre contigo... olvidarás...

Montó el Pirata Negro. Abrazóse a su cuello Karmi, y el caballo, sintiendo en sus ijares el bestial espolazo, encabritóse para partir al galope como una exhalación...

Diego Lucientes sólo volvió una vez el rostro, cuando ya en el valle de Kerdal la sombra del castillo se esfumaba como si fuera fantasma que nunca existió...

* * *

La isla, perdida en el Atlántico, ofrecía en sí pocas diversiones. Tan sólo el diminuto poblado donde aglomerábanse casetas de madera destinadas a suministrar los navíos de agua potable y vituallas, presentaba la ruidosa algarabía de un callejón donde portuguesas, mulatas y canarias servían bebidas.

Y era aquel callejón la principal fuente de ingresos de la isla.

Mas cuando el "Aquilón" llegó a la altura del islote, los del poblado quedaron defraudados al suponerle navío mercante que iba a recalar en el poblado, porque la noche cayó y el "Aquilón" seguía su rumbo hacia las Antillas.

Pero cuando la noche estaba mediada, el "Aquilón" dió un amplio giro y vino a anclar al lado costero opuesto al poblado.

Y por la madrugada, "Piernas Largas" reunió a la tripulación pirata. Les señaló el castillete de proa.

—Desde allí os habla siempre "él". Pero en su ausencia, que todos deseamos breve, hablo yo... y hablará "Cien Chirlos", porque los dos mandamos mientras "él" no está. A mí se me hace agua en el morro, pensando en que a la otra vertiente hay vino y mujeres. Pero

hemos recalado aquí porque le estamos esperando a “él”. “U sea-se” que nadie se mueve de esta playa. He hablado. A ti te toca, “Cien Chirlos”.

El rostro repleto de cicatrices muequeó en pavorosa amenaza.

—El andaluz sabe hablar, bergantes. Yo, no. Pero, ¡malos rayos me coman y truenos os pelen! Al que de aquí se mueva, le rebano la nuez. Y como “él” volverá trayendo a su mujer, la nave ha de relucir como el mar tras la lluvia. No ha de haber mugre ni peste. “U séase”, que a coger estropajos, cubos y brea, y frotad, frotad... hasta que el “Aquilón” se mire en el espejo verde y se ciegue de puro limpio.

A las dos semanas habíase agotado el repertorio do diversiones. Hartos de chapotear en el agua, hartos de sacarle brillo al “Aquilón”... y hartos de sobriedad, varios piratas expresaron su deseo, si bien con cierto temorcillo a los dos que consideraban sus jefes por delegación, pero también a los que reputaban “brutísimos”.

—Venimos porque ésos quieren decir algo y aquéllos también— empezó el que había sido elegido como portavoz,

“Cien Chirlos” contrajo las peludas cejas y “Piernas Largas” le imitó.

—Aquí no “venimos” más que tú, y tú eres el que está rebuznando.

—Verás, “Cien Chirlos”. A respetarle a “él”, a venerarle a “él”, no hay quien nos gane. Pero la tripa reclama...

—...¡Reclama un botazo que te voy a dar, so barrigón!

—A nadie faltamos, si de tres en tres o de cinco en cinco nos damos un garbeo por el poblado a pie, tragamos, remojamos, y al día siguiente de vuelta estamos. Y al que no sepa volver, tú le...

—Yo sé siempre lo que tengo que hacer, ¡malditos seáis, hatajo de asnos!— y, volviéndose hacia “Piernas Largas”, preguntó—: ¿Qué haría “él”?

—Diría que en dos semanas todavía la garganta no arde. El vinazo más me gusta que a vosotros, bellacos. Pero debemos esperar... Os prometemos que si dentro de otras dos semanas no ha aparecido, formaremos turnos de cinco, y con cada turno iremos una vez “Cien Chirlos” y otra yo. He hablado. Ahuecad.

Al quedarse solo con el andaluz, “Cien Chirlos” le miró

recelosamente.

—¿Con cada turno?.. ¡Tú estás deseando pillar borrachera cada dos días!

—Tu linda boquita habló ajustado, carota. Cuando “él” no está, ¿con qué olvidar que nos falta alegría? Bebiendo, “home”, bebiendo...

Aquel argumento dejó perplejo a “Cien Chirlos”. Pasaron seis días más y la visión que los piratas acariciaban de grandes orgías cercanas se esfumó, al aparecer en el horizonte una pequeña vela.

Por la manera de orzar, sacando el máximo provecho del viento, adivinaron quién tripulaba la pequeña lancha velera.

—¡Atisba!...—gruñó “Cien Chirlos” con risa de gárgola—. ¡Hasta las velas del “Aquilón” se agitan contentas! ¡Le han visto!

—No viene solo—comentó “Piernas Largas”, oteando con su catalejo.

—¡Imbécil! ¿No comprendes que si vuelve es que la trae a ella, a la señora?

—¡Imbécil tú! Cuando dije que solo no venía, no me refería a ella, puesto que la señora y él son uno. Es que hay a bordo otra persona. ¿Te acuerdas del pelirrojo que manqueó en tormenta? Viene.

—Si viene, es porque “él” le admitió de nuevo como pirata. Y ahora, chiclanero, a formar la gente... y me voy al timón. Que es donde me dijo estuviera.

La tripulación pirata fué abandonando la sonrisa a medida que iba comprobando en su jefe un cambio. No oían su carcajada estentórea, como cada vez que pisaba cubierta; no veían en su rostro, que era ahora una máscara de cruel tensión, la sonrisa burlona; y en los negros cabellos acecharon pasmados unos surcos blanquecinos de canas que nunca estuvieron...

Karmi y Diego Lucientes quedaron al pie del castillete de proa. El Pirata Negro, a solas en lo alto, cruzó los brazos. Su boca no ostentaba sonrisa; fué mirando lentamente a los apiñados piratas.

—Pocas ganas tengo de hablaros, mis valientes. Más quiero escucharos. Avanza, andaluz. Contesta a mi pregunta: ¿has sentido a veces deseos de dejar de ser un bribón redomado?

—Rara pregunta, señor, que me pone en aprieto. Pero creo que nací bribón, y así pienso morir, si otra cosa no mandas.

—Gustóme tu filosofía. Y ese que al timón se sujeta como un gorila apenado, ¿qué replica a la misma pregunta?

“Cien Chirlos” mordióse el labio inferior, y al final replicó:

—Quien padres no tuvo, señor, elegir no podía la carrera de la gente que tiene casa, fuego de leños y mujer que la sopa le sirva.

—Valéis un Potosí, bribones. Hace escasos días os quería convertir de bribones en mercaderes… Ocurrió un suceso y me cambió el alma. ¿No tenemos rojos pañuelos que nuestra cabeza dura cubren? Son de color sangre… ¿No llevamos sables que cercenan cabezas? Cercenaremos cabezas… ¿No arden nuestros pechos con deseos incontenibles de morir matando, para olvidar a veces quien somos? Fuego llevaremos por doquier pasemos… Día vendrá en que cuando del “Aquilón” hablen, cruces la gente se hagan. Y matando, matando, la muerte hallaremos… Pero mintió un filósofo, que no sabéis quién es porque nunca vino os sirvió, y que llamaban Aristóteles, cuando afirmó que la ciencia del vivir estribaba en mantenerse en un justo medio, sin extremismos. No, mis valientes; no se puede ser a medias bribón y a medias honrado. ¿No luce el velero insignia pirata? Si hasta hoy los piratas nos temían, haremos que nos crean encarnaciones del diablo. ¡Matar sin compasión! Esa es mi nueva orden, pero antes de iniciar nuestra nueva carrera de exterminadores, nuestras fuerzas reservaremos para no sucumbir en otra empresa que no sea más que ésta: coger a un hombre.

Y el Pirata Negro pegó un seco puñetazo en la borda del castillete.

—He dicho un hombre, y empleé falsa palabra. Hablo de una hiena vomitada por los infiernos; hablo de un reptil sin sangre, porque la sangre es caliente y generosa; hablo de un ser que ha logrado lo que nunca creí posible. Que mi risa se perdiera, y sólo impulsos de matar me dejara. Que yo, que el odio maldecí, a odiar aprendiera, y que en odio quiero vivir hasta que atado a mi mástil tenga a este infrahumano bípedo que no engendró madre, sino que nació del choque de un fantasma sangriento con bruja voladora. ¡Diego Lucientes! Acompaña a Karmi a la sala capitana. Aguardadme allí…

Cuando sólo hubo piratas escuchándole inclinóse el Pirata Negro sobre la borda, y en su rostro había una expresión satánica al

murmurar hacia las tendidas orejas:



—¡Proa a las Américas!

—Se llama Liam Montbar, es irlandés… y se llevó mi alegría, matando a mis padres. Cuando lo ate a mi mástil, quizá vuelva a restallar sonora y ansiosa mi carcajada pirata.

Las velas latiguearon; rechinó el cadenote del ancla al ser izada; quejáronse las olas al ser partidas por la afilada proa… pero, dominando todos los ruidos, un ronco murmullo acompasaba los cabeceos del “Aquilón”…

—Liam Montbar, el irlandés… Liam Montbar, el irlandés…

FIN

El más temible enemigo de

EL PIRATA NEGRO

El malvado Montbar, fiera sin nobleza...

*El retorno a la fiereza del **Leopardo**...*

MIENTRAS...

el mar tormentoso y la lucha continua arrullan la exaltación amorosa de El Pirata Negro y su esposa

No deje de leer este interesantísimo episodio, titulado:

MONTBAR, EL EXTERMINADOR

Más emocionante y sugestivo, si cabe, que los anteriores.

EPISODIOS PUBLICADOS:

1 — La espada justiciera.
2 — La bella corsaria.
3 — Sucedió en Jamaica.
4 — Brazo de hierro.
5 — La carabela de la muerte.
6 — El leopardo.
7 — Cien vidas por una.
8 — La bahía de los tiburones.
9 — El corso maldito.
10 — Rebelión en Martinica.
11 — Los filibusteros.
12 — La primera derrota.
13 — La dama enmascarada.
14 — Los tres espadachines.
15 — Los mendigos del mar.
16 — El Rey de los Zíngaros.
17 — Noches fantasmales.
18 — Montbar, el exterminador.

¡Complete su colección de EL PIRATA NEGRO antes de que sea tarde!

Un cuaderno quincenal, TRES PTAS.

Editorial BRUGUERA - Barcelona

Notas

[1] Ver *La dama enmascarada*. < <

[2] Ver *La dama enmascarada*. <<

[3] Véase *La dama enmascarada.* < <

[4] Ver *Los tres espadachines.* < <

[5] Ver *La bella, corsaria*< <

[6] Estado de rigidez cadavérica, que muchas horas después de la muerte, por brusca distensión de nervios, produce este fenómeno científico< <